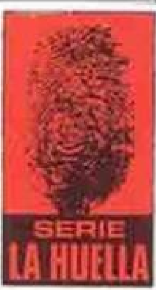


Lou Carrigan

LAS COSAS BUENAS DE LA VIDA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

LAS COSAS BUENAS DE LA VIDA

Colección LA HUELLA n.° 90
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 22366-1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: julio, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Los domingos era el día que más le gustaba, porque aparecía más relajada y contenta, tranquila, feliz. Además, como había estado en el campo, llegaba como rodeada todavía de sol y de aire limpio…

Fuese como fuese, había que admitir, sombrero en mano, que Emily Evans era bellísima. Rubia, alta, espléndida, bellísima. Por eso, siempre que podía, Ross Mac Nair vigilaba sus idas y venidas, por el simple placer de verla. Claro que habría preferido tener unas relaciones concretas y muy bien definidas con Emily, pero Ross siempre ponía un límite a sus ambiciones, lo cual demostraba que era sensato. No debía olvidar que él era un simple detective privado, y que su vecina Emily Evans era abogado.

¡Ahí es nada, abogado…!

Y además, según parecía, de los buenos. Claro que Ross también era un detective de los buenos, pero bien a la vista estaba que no ganaba tanto dinero como Emily Evans. Y es que no hay posible discusión: una carrera es una carrera. La señorita Evans había tenido que estudiar mucho para llegar adonde estaba. En cambio, Ross Mac Nair se había convertido en un buen detective privado a base de ser más pillo que los pillos, y más desconfiado que una viuda fea, y vieja y rica rodeada de jóvenes y hermosos admiradores.

Sí, señor. Los dos eran buenos en su respectiva profesión, pero mientras que Ross Me Nair hacía tres años que llevaba el mismo coche, y no se compraba un traje siempre que quería, la abogado Emily Evans se compraba un nuevo automóvil cada año, y en ropita solamente se gastaba una pequeña fortuna. Así que, desde que se había instalado en aquel moderno y elegante edificio, Ross Mac Nair había comprendido que las estrellas están a la vista de todos,

pero no al alcance de todos.

Para él, Emily Evans era una estrella. Podía verla, pero no tocarla.

Ella vivía en el mismo piso que él, tres apartamentos más allá. Pero, al igual que Ross, tenía el despacho en otro sitio, en el centro de la ciudad. Allá trabajaban, pero vivir, lo hacían en la muy tranquila y ajardinada Brookpark Road, en el elegante edificio en cuya parte de atrás había un pequeño jardín, dos pistas de tenis y una piscina. Francamente, no estaba nada mal. Ross Mac Nair debía sentirse orgulloso de haber llegado allí, teniendo en cuenta que había partido de cero. Uno de esos muchachos inteligentes, tenaces y honrados que saben resistirse a las malas compañías y que todo lo que aprenden lo utilizan luego de un modo honrado. ¡La de granujerías que podría contar Ross Mac Nair si quisiera…!

En cambio, la señorita Emily Evans se veía bien claro que procedía de un ambiente distinguido. Claro que, siendo abogado, debía conocer también no pocas granujadas, pero eso era por motivos profesionales. Lo seguro era que la señorita Evans, siempre tan seria y estiradita, no «descendería» jamás a relacionarse con un pícaro de siete suelas como Ross Mac Nair, que si hoy tenía dinero y vivía como un caballero era debido a su inteligencia y a tener más narices que un toro.

Vamos, que eran dos personas muy diferentes en todo.

Por eso, Mac Nair, que tenía un amor propio de los buenos se aguantaba siempre sus ganas de abordar a la señorita Evans con cualquier pretexto, a ver si había suertecilla y la «metía en el bote». Se contentaba con mirarla. Con espiarla, más bien. Pero le gustaba tanto, que le había enseñado a Ulises a decir:

—¡Qué buena estás, Emily!

Ulises era el loro de Ross Mac Nair. Un loro más viejo que el hambre, pero que, debidamente cuidado por el apuesto, simpático y agradable Ross, tenía aspecto de viejo calavera que todavía puede dar guerra. Había encontrado al pobre Ulises una noche, en un callejón, metido en un gran cubo de la basura…

¡El susto que se había llevado Ross Mac Nair! Había estado investigando a un canallita, cuando, ya de regreso a su domicilio, pasó por el callejón, y oyó las voces que salían del cubo de la basura. Se había quedado contemplando aterrado el cubo de

basuras. Sabía que la gente es bestia, pero, vamos… ¡meter a una persona en un cubo lleno de basuras!

—¡No me pegues! —decía la voz—. ¡No me pegues! ¡Te voy a matar, mala zorra! ¡No me pegues! ¡Socorro! ¡Toma, golfanta…!

Naturalmente, Ross Mac Nair se dispuso a poner orden en aquel desmán, y fue entonces cuando encontró a Ulises en el cubo de la basura. El pobre animal estaba todavía con una pata atada por medio de una cadenita a uno de esos soportes con un aro especial para lucir loritos. Mac Nair abrió la anilla, agarró al loro, que estaba sucio hasta lo repugnante, y se lo llevó a casa. Por aquel entonces, precisamente, hacía un par de semanas que se había mudado al elegante edificio donde vivía Emily Evans, y como ya la había visto, y se había formado una muy concreta opinión sobre la rubia y bellísima abogado, le enseñó a decir a Ulises eso de:

—¡Qué buena estás, Emily!

Frase ciertamente vulgar, pero que puede ser considerada como un delicado piropo comparada con las que ya sabía Ulises, y que por fortuna, fue olvidado. Baste decir, que una de las frases más delicadas que conocía Ulises era: ¡Vaya cuernos llevas, Percyval! En la actualidad, reluciente, limpio y bien alimentado, Ulises era todo un caballero, a su modo.

Y su amo, el buen Ross Mac Nair, era un tonto, que se conformaba a que Emily Evans ni siquiera tuviese noticias de su existencia. Se habían encontrado alguna que otra vez en el ascensor y en el vestíbulo, y ella, por supuesto, había saludado, muy correcta. Pero Mac Nair estaba seguro de que miraba a través de él. Si se la hubiese encontrado en Cleveland, en una cafetería, por ejemplo, estaba segurísimo de que ella ni siquiera lo habría reconocido.

Así es la vida.

Los domingos, cuando Emily regresaba del chalet que tenía en el campo para retirarse cuando tenía que estudiar un caso más importante y delicado que los demás, era el día que más le gustaba a Ross Mac Nair. Ella llegaba fresca, descansada, con cara de campo y de sol, y parecía más espontánea. Era justamente en esos momentos cuando Ross se atizaba un par de *whiskys* y se decía: vamos, hombre, atrévete, sal al pasillo y dile que la invitas a algo. Aunque sea a té. A lo mejor le encanta el té.

Pero nada de nada. Emily llegaba en ascensor, cruzaba ante la puerta de Ross, que la espiaba por la mirilla, entraba en su apartamento, y, ¡adiós, muchacho, hasta el próximo domingo!

Pues bien: Ross Mac Nair estaba ya harto de esto, así que aquel día, aquel domingo, estaba dispuesto a todo. A todo. De modo que estuvo en la terraza espiando la llegada de Emily Evans en su coche. En cuanto lo vio entrar en el estacionamiento subterráneo, las cosas comenzaron a ir mal. Nada, que no se atrevería, seguro. Y la cosa era bien tonta, desde luego: un tipo con más agallas que una ballena, capaz de todo lo que pudiese hacer un hombre solo, y quedaba paralizado en cuanto Emily Evans aparecía ante sus ojos. Más tonto ya no se podía ser.

Total, que la señorita Evans, como cada domingo, llegó en su coche, entró en el estacionamiento…, y poco después, como siempre aparecería en el pasillo, saliendo del ascensor. Y mientras iba hacia la puerta, Ross Mac Nair comentó, pasando junto a Ulises.

—Ahí está otra vez, Ulises. Ya sabes: la tía buena.

—¡Qué buena estás, Emily! —cantó alegremente Ulises.

Refunfuñando, Mac Nair fue hacia la puerta, y apartó el pequeño medallón metálico que ocultaba la mirilla grande angular. Luego, se puso bien la corbata… Llevaba así varios domingos: se vestía impecablemente, con corbata incluida, y se colocaba tras la puerta, decidido a que aquel día no pasase que abriese al pasar la señorita Evans. Pero siempre pasaba. Con lo que resultaba que Ross Mac Nair se vestía en serio solo para ver pasar por el pasillo a su vecina. Algo así como quien se viste de *smoking* para ir a la ópera a ver a Victoria de los Ángeles.

—De hoy no pasa, Ulises —aseguró Mac Nair.

—¡Qué buena estás, Emily!

Segundos después, Ross Mac Nair estaba apostado ante la mirilla. Llegó el ascensor, y Emily Evans salió. Dejó en el pasillo una cesta de paja llena de flores, y su gran portafolios en el que siempre llevaba librotes y legajos. Cerró la puerta exterior del ascensor, se inclinó, recogió el portafolios y la cesta llena de flores, y comenzó a caminar.

El corazón de Ross Mac Nair estaba galopando. Pero eso era todo. Por lo demás, estaba como paralizado, como clavado por los pies al suelo. No podía mover ni una pestaña. Veía a la señorita

Evans caminando, acercándose, y él se quedaba como paralizado, sí señor, como si ni uno solo de sus músculos tuviese vida. ¡Qué hermosa era la señorita Evans! Tan rubia, con aquellos ojos de color violeta tan grandes, y aquella boquita del color de las rosas… Llevaba la blusa un poco demasiado abierta, y se veía la forma de sus senos, todavía no bronceados, pero ya coloraditos por el sol…

¡Ding-dong!, sonó el timbre de la puerta de Mac Nair.

Pero éste no podía moverse. Estaba paralizado, contemplando a la señorita Evans, muy de cerca y a sus anchas, puesto que Emily Evans se había detenido ante su puerta y acababa de tocar el timbre; su timbre; el timbre de su apartamento.

O sea: que Ross Mac Nair estaba soñando, claro. Sí, eso era: se había quedado dormido, y ahora soñaba que ella llegaba y llamaba a su puerta.

¡Ding-dong!, se repitió la llamada.

Los hermosísimos ojos de Emily Evans fueron hacia la mirilla, y Mac Nair retrocedió vivamente, olvidando que ella no podía verle, de ninguna manera.

«Estoy despierto…». —se dijo— Completamente despierto. Y es cierto que ella está llamando a mi puerta. Es una equivocación, por supuesto, pero…, ¿cuándo tendré mejor oportunidad en la vida?

Adelantó el paso anteriormente retrocedido, y abrió la puerta, con suavidad. Justo en aquel momento, Emily Evans se disponía a dar media vuelta para alejarse. Detuvo el apenas iniciado movimiento, y miró como sobresaltada a Mac Nair, que alzó las cejas, con gesto displicente.

—¿Ha llamado usted? —preguntó.

—Sí… Sí, sí. Bueno, realmente, no quisiera molestarle, señor Mac Nair, así que…

—¿Sabe usted mi nombre?

La abogada le dirigió una mirada de pasmo.

—Naturalmente. Consta en los buzones de correspondencia, somos vecinos hace más de cuatro meses, y… ¿Acaso no sabe usted quién soy yo?

—Me parece recordar haberla visto alguna vez por aquí, si he de ser sincero —dijo el farsante Mac Nair, con todo aplomo.

—Ya —el gesto de ella se nubló un instante—. Sí, claro. Bien, es evidente que está usted ocupado, señor Mac Nair, así que volveré en

otro momento.

—¿Yo ocupado? ¿Por qué supone eso?

—Le veo vestido tan formalmente…

—Oh, es costumbre en mí. Soy muy serio. ¿Entiendo que puedo servirla a usted en algo, señorita… señorita…?

—Evans —frunció el ceño ella—… Emily Evans. ¿De verdad no lo sabía usted?

—Ahora que lo ha dicho, sí, lo recuerdo vagamente. ¿Quiere usted pasar, señorita Evans?

—Así es. Quisiera contratarlo, señor Mac Nair.

—¿Con… tra… tarme?

—¿No es usted detective privado?

—Sí… Exactamente, sí. ¿También sabe eso?

—En efecto. Evidentemente, yo sé muchas más cosas de usted que usted de mí. Pero es lógico: yo no soy el vecino más guapo y simpático del edificio.

—¿Y quién lo es? —exclamó Mac Nair.

—Se asegura que lo es usted.

Mac Nair quedó boquiabierto. ¡Pandilla de majaderos…! ¿Quién sino Emily Evans podía ser todo lo mejor del edificio, y de un millón de millas a la redonda? Allá estaba ella, con sus pantalones de «pata de elefante», su blusa escotada, su rostro delicioso, su boquita de beso eterno…

—Me alegra saber que mis vecinos tienen tan buen concepto de mí —se sorprendió a sí mismo Mac Nair con estas palabras—. Pase, por favor.

—¿De verdad no molesto, está usted solo?

—No se preocupe. Permítame ayudarla…

—Muy amable.

Ross tomó el cesto con flores, dejando que la abogada continuase en posesión del portafolios. Cerró la puerta cuando ella hubo entrado, y señaló hacia el salón. Puesto que los apartamentos eran gemelos, la señorita Evans no podía tener sorpresas en cuanto a la distribución, pero sí pareció sobresaltarse al ver la decoración del salón de Mac Nair, que le dirigió una viva mirada.

—¡Qué tonta soy! —exclamó—. Naturalmente, éste es el apartamento de un hombre soltero, así que todo es lógico y armonioso. Ésa es una de las fotografías que aparecen en la nueva

edición del Kamasutra, ¿verdad?

—Pu… pu… pues sí… Sí, claro…

Emily Evans dirigió una mirada circular más tranquilla, y luego se acercó a la reproducción fotográfica de una de las sugerencias del Kamasutra, en la que un hombre y una mujer se hallaban en postura harto comprometida y no poco complicada.

—¿Sabe usted? —Miró de pronto ella a Mac Nair—. Yo siempre he pensado que toda la civilización occidental proviene de la oriental. Y la civilización oriental, según entiendo, nació en la India… De modo que si los hindúes aconsejan determinada cosa, quizá tengan un poco de razón… ¿No le parece; señor Mac Nair?

—Sí… Je, je, claro…

—Me da la impresión de que es usted un poco tímido… ¿Acaso le cohíbe hablar de cuestiones sexuales?

—Em… Esto… Vaya… Je, je… Pues normalmente, no, pero… ¿Le gustaría beber algo?

—Tomaría con mucho gusto un *whisky* con hielo y soda, sí.

—¿De veras acepta tomar algo en mi compañía?

—Naturalmente.

—Iré a la cocina a por el hielo.

—Muy bien. ¡Qué loro más bonito tiene usted, señor Mac Nair!

Ross miró hacia donde estaba Ulises, en su soporte, ante la terraza, con vistas al jardín y las instalaciones deportivas de la parte de atrás del edificio.

—Sí —asintió—, es muy bonito, pero me parece que bastante viejo ya. Se llama Ulises.

Emily Evans se acercó al lorito, y le sonrió, mientras hacía chascar dos deditos.

—Hola, Ulises, ¿qué tal, muchacho?

Ross Mac Nair cerró los ojos, porque de pronto, se vio venir la descarga. Y así fue. Al ser interpelado, Ulises contestó, muy correcto:

—¡Qué buena estás, Emily!

Emily Evans quedó inmóvil como si fuese de piedra, pálida. Luego, de pronto, enrojeció, y su mirada fue hacia Mac Nair, que había abierto los ojos y miraba alrededor como buscando un agujero dónde esconderse.

—¿Qué ha dicho Ulises? —murmuró por fin Emily.

—La… la verdad es que no le he entendido muy bien… ¡Voy a buscar hielo!

—¡Qué buena estás, Emily! —dijo Ulises—. ¡Qué buenaaaa…!

Mac Nair había desaparecido ya hacia la cocina. Emily estuvo unos segundos contemplando a Ulises, y finalmente, sonriendo, fue a sentarse a un sillón. Ross apareció al poco, sirvió *whisky* con hielo y soda a la muchacha, y lo mismo para él, pero sin soda, y se sentó en el centro del sofá, un poco ladeado, para quedar frente a frente con Emily Evans, que tras beber un sorbo suspiró.

—Tengo una casita a unas cuantas millas de la ciudad, y voy casi todos los fines de semana. Todo lo referente a esa casita es agradable, pero, en cuanto llega el verano, regreso aquí siempre con una sed terrible.

—Sí, lo comprendo. Conducir treinta millas bajo el sol no ha de ser agradable.

—¿Y cómo sabe usted que mi chalet está a treinta millas de Cleveland?

—¿Eh…? Oh, no lo sé —mintió Ross—… He dicho treinta millas como podía haber dicho cincuenta, o cien.

—Ya. Bueno, señor Mac Nair…, ¿aceptaría usted trabajar para mí?

—Con mucho gusto. ¿De qué se trata?

Emily Evans quedó unos segundos silenciosa, pensativa. Por fin movió la cabeza, con un gesto de duda.

—Quizá todo se reduzca a que yo soy un poco maquiavélica, señor Mac Nair. Por lo menos, soy muy mal pensada. Pero, de un modo u otro, no quisiera que a Rosie le ocurriese nada malo. Me refiero a Rosie Brownell, una querida amiga de hace muchos años… Estuvimos estudiando juntas, hasta que ella se cansó, y dijo que ya estaba harta de tanto estudiar, y que no hacía falta saber tantas cosas en la vida. Así que, mientras yo proseguía mis estudios, ella simplificó mucho, especializándose en no sé qué cosas… Total, que hoy en día es una eficiente secretaria muy bien pagada.

—Pero no es abogado.

—No, no. Una buena secretaria, eso es todo. Le van muy bien las cosas, eso sí. Tan bien, que dentro de poco va a casarse con un multimillonario.

—No es mala carrera —sonrió Mac Nair.

—Yo quisiera que usted investigase a ese hombre, señor Mac Nair. Una investigación a fondo, muy completa. No me importará el precio. Quiero saber todo lo que se pueda saber sobre Larry Parkinson.

—¿Parkinson? ¿Tiene relación con el caso Parkinson ocurrido hace poco? Bueno, no sé si usted lo recordará. Yo seguí todo el asunto por medio de los periódicos, ya que no podía intervenir, pues era una investigación oficial… Fue un caso muy interesante. Y que la policía resolvió más bien por carambola. ¿Su amiga estaba o está relacionada con todo lo que ocurrió?

Emily Evans abrió su portafolios, y sacó recortes de periódicos y folios mecanografiados, que fue tendiendo a Mac Nair.

—Estos recortes de periódicos y mis propias conclusiones sobre el caso le harán comprender a usted cuál fue mi punto de vista y cómo terminó legalmente todo, señor Mac Nair. Pero, antes de que usted lea todo esto, quisiera estar segura de que los dos estamos hablando de lo mismo, y de que usted está inicialmente enterado del caso por un interés profesional que tuvo en su día. ¿Podría usted hacerme un resumen verbal de lo que sabe?

—Es bastante fácil. Veamos… Hace algunas semanas, los señores Parkinson fueron secuestrados. Los dos vivían solos en su pequeño palacete de Lakeshore Boulevard, asistidos por un criado y una cocinera. No necesitaban más, aunque podían haber pagado todo un ejército de servidores. Su único familiar, su sobrino, un muchacho llamado Lawrence Parkinson, estaba, como siempre, de viaje o en sus eternas diversiones cuando los viejos Parkinson fueron secuestrados. En cuanto tuvo noticias de esto, de todos modos, el muchacho se presentó en casa de sus tíos… Y eso es todo lo que pudo hacer, pues al día siguiente de llegar él al palacete, los señores Parkinson aparecieron asesinados, dentro de su propio coche, que fue hallado en un camino cerca del lago, hacia el Este. El sobrino se encargó de todas las formalidades dignas del caso. Poco después del entierro de sus tíos Harold y Stefanie, se dio lectura al testamento de éstos, en el que, lógicamente, nombraban heredero universal a su único familiar, su sobrino Larry Parkinson… ¿Éste es el multimillonario con el que va a casarse su amiga Rosie Brownell?

—Así es.

—¿Y qué le preocupa a usted, señorita Evans?

—Bueno…

—Usted sabe perfectamente que hace un par de semanas, los asesinos de Harold y Stefanie Parkinson fueron descubiertos. Es decir, que no me parece razonable seguir sospechando del sobrino, como todo el mundo hizo al principio. Fue muy desagradable… Claro, usted está enterada de que los asesinos de los Parkinson fueron descubiertos…, por carambola, como ya he dicho antes. Los esposos Jerry y Martha Dawson, residentes en el barrio digamos no privilegiado de Cleveland, entraron de pronto en una era de prosperidad, que ninguno de sus amigos se explicaba…, hasta que se estrellaron con el coche nuevo. Un par de meses antes eran unos muertos de hambre. De pronto, empiezan a tener dinero, se compran un coche… Al principio, nadie sospechó, no relacionaron a los Dawson con el asesinato de los Parkinson. Pero cuando se estrellaron con el coche, las cosas comenzaron a salir a flote. En primer lugar, en la mano de Martha Dawson fue hallada una sortija de brillantes que había sido propiedad de Stefanie Parkinson, y que ésta llevaba cuando fue secuestrada pero no cuando fue hallada asesinada. Luego, encontraron en el sucio apartamento de los Dawson, la pistola con la que habían acribillado a los dos ancianos dentro del coche… En fin, se acumuló tal cantidad de pruebas, que todo estuvo claro, especialmente cuando se supo que la señora Parkinson, una buenísima persona llena de generosidad, visitaba con mucha frecuencia el barrio donde vivían los Dawson, para repartir dinero y otras cosas entre los niños… La policía llegó a la conclusión de que los Dawson habían estado vigilando a la señora Parkinson cuando ésta iba a hacer sus obsequios, y claro está, sabían que era persona adinerada. De modo que la secuestraron, llamaron al señor Parkinson exigiéndole que se presentase inmediatamente en busca de su esposa llevando cien mil dólares…

—¿Cómo sabe eso?

—¿Yo?

—No, no… Es evidente que usted lo leyó en la Prensa. Quiero decir: ¿cómo supo eso la policía?

—Por la secretaria del viejo Parkinson, una tal *miss* Brownell… Un momento. ¡Claro, ésta es la amiga de usted!

—Sí. Rosie era secretaria del viejo señor Parkinson. Pero, al morir éste, y ocuparse su sobrino, el joven Larry, de todos los

negocios, heredó también la secretaria.

—Me parece lógico, considerando que Larry Parkinson debía encontrarse perdido en la empresa, y no cabe duda de que *miss* Brownell le habrá resultado de gran ayuda, para ponerlo al corriente de todo. Pero, bueno, eso es otro asunto… Iba a decir que la secretaria del viejo Parkinson fue la que, cuando ya la desaparición de los dos ancianos tenía alarmados a todos, explicó lo del dinero: el señor Parkinson recibió una llamada telefónica que le afectó mucho, agarró cien mil dólares de contabilidad, en efectivo, y se fue. Eso es lo último que se supo de él hasta que apareció con su esposa, los dos asesinados. Ninguna pista. Pero, de pronto, los Dawson se estrellan con el coche nuevo que nadie comprende cómo han podido comprar, ven la sortija de la señora, Parkinson en la mano de la señora Dawson, luego encuentran la pistola en su apartamento, una cantidad escondida… En fin, asunto solucionado, los Dawson, que vivían como cerdos, se portaron como tales con la generosa señora Parkinson, que iba periódicamente a regalar algo de lo mucho que tenía. Pensaron el plan de secuestrarla, exigirle al marido que se presentase con cien mil dólares…, y luego, la única solución que supieron encontrar fue asesinarlos a los dos. Asunto terminado. ¿O le parece a usted que no, señorita Evans?

—A mí —dijo Emily con voz susurrante— sigue pareciéndome demasiada casualidad la muerte por accidente de los Dawson. Fue una muerte muy oportuna para dejar las cosas claras, y que nadie continuase sospechando de Larry Parkinson como posible autor o instigador del asesinato de sus tíos para entrar en posesión de la fabulosa herencia.

Ross Mac Nair se quedó mirando fijamente a Emily Evans. Le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó, y, ya fumando ambos, el detective preguntó:

—¿Acaso su amiga Rosie tiene mucho dinero?

—¿Rosie? No, no, señor Mac Nair… Me parece que no me ha entendido usted bien: quien tiene mucho dinero es Larry Parkinson.

—Entonces, no veo por qué se preocupa por Rosie Brownell. En todo caso, habría que preocuparse por Larry Parkinson, suponiendo que su amiga Rosie sea capaz de matar para quedarse viuda. Lo cual no me sorprendería, pues Larry Parkinson, si no recuerdo mal, es francamente feo y enclenque.

Emily le contempló con el ceño fruncido.

—Yo he venido aquí a hablar en serio, señor Mac Nair.

—Y yo estoy hablando en serio. ¿Es bonita su amiga Rosie?

—¿Bonita? Se lo diré a mi manera: ¿le parezco bonita yo a usted?

—Psé… Vaya, yo diría eme es usted más bien guapita, sí.

—Muy amable —refunfuñó Emily—. Pero creo que se ha quedado usted un poco corto en su descripción de mi persona, señor Mac Nair. Me consta perfectamente que soy muy guapa, y que cualquier hombre haría más de una tontería por mí… Eso, al parecer, lo sabe incluso su loro.

—Oh, es que Ulises es un viejo calavera.

—Ya. Bien, para terminar, le diré que al lado de Rosie yo resulto algo así como una momia egipcia.

—¡Caray! —Respingó Mac Nair—. ¿No está exagerando?

—No, señor. Es tan hermosa que no tiene nada de sorprendente que Larry Parkinson se haya vuelto loco por ella. Ojalá que Rosie sea feliz, y que tenga todo lo mejor del mundo, pero… Bien, no quisiera que se casase con un asesino, señor Mac Nair.

—Pero vamos a ver: ¿en qué basa usted sus sospechas de que en todo lo sucedido intervino Larry Parkinson?

—En nada concreto. Es una corazonada. Hace dos años que ejerzo como abogado, y voy aprendiendo a oler las cosas que… que no huelen bien. La policía lo dio todo por bueno, el caso se solucionó, y asunto terminado. Pero la policía no ha sido amiga de la infancia de Rosie Brownell. Todo lo que yo quiero es estar segura de que no va a casarse con un sujeto que si algún día se cansa de ella y decide cambiarla por otra más joven que le resulte una novedad, no la asesinará o hará asesinar utilizando algún truco.

—Entiendo. Bueno, es usted quien va a pagar los gastos, y yo vivo de esto, así que no me queda más que aceptar sus órdenes.

—¿Ordenes? Supongo que no las necesita usted, que sabe perfectamente lo que tiene que hacer.

—Salvo indicaciones especiales por su parte, así es.

—La única indicación especial por mi parte es que no quisiera que Rosie se enterase de esta iniciativa mía.

—No se enterará. ¿Quiere usted informes diarios, o semanales?

—Yo iré visitándole aquí mismo de cuando en cuando, si le

parece bien.

—Me parece estupendo. Procuraré tener redactados los…

—¿Redactados? No hace falta que se moleste en escribir a máquina, señor Mac Nair. Bastará que me vaya informando de palabra de todo lo que vaya sabiendo.

—Estupendo. De todos modos, iré tomando unas notas, por si en determinado momento quisiéramos redactar un informe completo. ¿Quiere más *whisky*?

—No, no. Con uno es suficiente. Le voy a dejar los recortes de periódico y mis conclusiones sobre el asunto, en las que he estado trabajando hoy, en el chalet. Si tiene alguna duda, supongo que sabe que estoy en el apartamento 4 E.

—¡Ah! ¿Vive usted en este mismo piso?

—Pues sí señor —refunfuñó la abogado, poniéndose en pie… Vivo en este mismo piso. Y ya estaba en él cuando usted llegó a ocupar este apartamento.

—Sí, claro. El

4 E.

No lo olvidaré. La acompañaré a la puerta.

—Gracias —dijo fríamente Emily Evans.

Segundos después, Ross Mac Nair quedaba de nuevo solo en su apartamento. Reapareció en el salón con cara de hipnotizado, y se quedó mirando los folios y los recortes de periódico. Era verdad, ella había estado allí… ¡Y él se había portado como un necio, como un cretino integral, como el más perfecto idiota del mundo! Llevaba meses soñando con aquella posibilidad, y cuando lo que parecía una fantasía sucede, él se pone a decir que «recuerda vagamente a la señorita Evans…». Miró a su amigo Ulises y masculló:

—¡Pero qué imbécil soy, Ulises!

—¡Qué buena estás, Emily! —aseguró Ulises, ahora con conocimiento de causa.

CAPÍTULO II

—Sabes muy bien que no puedo hacer eso —gruñó el sargento Wooldon, contemplando hoscamente a su amigo Mac Nair.

—¿Por qué no?

—Porque lo prohíbe el reglamento.

—Oh, vamos, Stan…, ¡déjate de tonterías! Sólo tienes que ir al Archivo, agarrar el expediente del caso Parkinson, y venir aquí con él. Yo le echo un vistazo, te lo devuelvo, lo colocas de nuevo en el archivo y asunto terminado.

—No.

Ross Mac Nair frunció el ceño, lanzó un vistazo alrededor, como si esperase encontrar en el despacho policial argumentos convincentes y de pronto, se puso en pie.

—Bueno, pues vete a la… porra. Adiós.

—¿Para qué quieres ver el caso Parkinson?

—Pero hombre, mira que eres cabezota… ¿No te lo he dicho ya? Estoy escribiendo un libro sobre casos criminológicos importantes sucedidos en Cleveland, y he pensado que el caso Parkinson era uno de ellos. Recuerdo que estuve siguiéndolo por los periódicos, pero no tanto que lo recuerde todo perfectamente.

—Puedes ir a la Hemeroteca, y volver a leer todo lo que se escribió en los periódicos sobre el asunto.

—No quiero ir a la Hemeroteca a leer chismorreos de periodistas: quiero la verdad, escrita escuetamente por la policía. Y sobre esa verdad yo haré un resumen y luego un análisis. Cuando publique el libro mencionaré a la policía, y os daré las gracias por vuestra colaboración y facilidades prestadas.

—Maldita sea… ¡Es que sé que me estás engañando, Ross!

—Bueno, aunque así sea…, ¿qué demonios te importa? Somos

amigos, ¿no es así?

—¡Tú eres amigo mío cuando te conviene!

—Toma éste… ¡Igual que tú lo eres mío, compadre! Más de una vez has venido a pedirme que pidiese a mis amigos del muelle que metiesen las narices en determinados asuntos a ver si podíamos conseguirte algo para ti. Recuerdo precisamente que no hace ni seis meses, cuando el asunto de la chica ahogada…

—Está bien, está bien, está bien… ¡Pero ese expediente no puede salir de este despacho!

—Okay.

—Y me dirás de qué va el asunto…, cuando te parezca conveniente.

Ross Mac Nair vaciló un instante, antes de asentir.

—De acuerdo. Pero, siempre y cuando mi cliente lo autorice.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

El sargento Wooldon se puso en pie, y salió del despacho. ¿El caso Parkinson? ¿Para qué podía querer aquel granuja de Ross un asunto ya solucionado y archivado? Porque lo del libro él no se lo tragaba ni con *whisky*. ¡Un libro…! ¡Bah! En fin, ya se enteraría.

Regresó seis o siete minutos más tarde, con la carpeta que contenía el expediente del caso Parkinson. Mac Nair estaba fumando, de pie ante la ventana; se apresuró a volver a sentarse, apagó la colilla en el cenicero y encendió otro cigarrillo. Ya no hablaron más: el regateo había sido llevado a cabo antes y cada cual había quedado satisfecho con las condiciones finales.

Eran las nueve y cinco de la mañana del lunes.

A la una y cuarto, Ross Mac Nair se dio por satisfecho y así se lo dijo a Wooldon, que soltó un gruñido.

—Entonces, podemos ir a almorzar ya, si te parece.

—Bueno. Pero cada uno se paga lo suyo.

—¿Estás insinuando que soy un gorrón?

—Sí.

—Hoy has venido en plan cabrito, muchacho —farfulló el policía—. ¿Pasaste mal domingo?

—Fatal. Imagínate eme… No, nada. Cosas mías. Bueno, vamos a comer algo.

—¿Sabes una cosa? Eres un tipo nada meticuloso: no has tomado

ni una sola nota sobre todo lo qué has estado leyendo. ¡Y por mi madre que has leído! ¡No has dejado escapar ni una línea!

—Pero si te has fijado, habrás observado que he leído despacio, sin dejarme nada, y con gran atención. Por eso no he tomado ninguna clase de notas. Todo está aquí dentro —se tocó la frente.

—Ahí dentro sólo tienes agua y serrín —aseguró Wooldon—… No olvides que hemos hecho un trato.

* * *

—¿Un trato conmigo? —sonrió «*Cricket*» Gimpel—. Bueno, es posible que lleguemos a un acuerdo señor Mac Nair, porque usted me ha sido siempre simpático.

Debían ser las seis y media de la tarde. Ross había localizado a «*Cricket*» en un bar de Lakefront, en los muelles, tras mucho buscarlo y preguntar por él. En realidad, había sido «*Cricket*» quien, conocedor de que Mac Nair andaba buscándole, se le había puesto a tiro, con la mayor «inocencia» del mundo. Sabía que podía conseguir unos cuantos dólares, y eso siempre le iba bien a un pillastre como él. A veces, hasta a él mismo le parecía mal sacarles «pasta» a sus amigas. Pero claro, si él era guapo y ellas eran tontas…

—Muchas gracias —sonreía Ross Mac Nair—. Tú también me has sido siempre simpático, amigo «Grillo». Por dos motivos. Uno, porque eres una persona consecuente, que haces honor a tu apodo, y «cantas» muy bien. Dos, porque sabes cómo meterte a las tías en el bolsillo. ¡Eso sí que me gustaría aprenderlo!

—Puedo darle lecciones a precios módicos —sonrió el granuja y atractivo «Grillo» Gimpel.

—¿De veras lo harías, «*Cricket*»?

—Hombre, claro que sí. Cielo santo, ¡no me diga que tiene usted problemas con las mujeres pudiendo recurrir a su querido amigo «*Cricket*»!

—Bueno, pues sí, tengo un pequeño problema.

—¿Me estaba buscando para eso? ¿El trato va a ser sobre esta clase de asuntos?

—Ah, no. No. Pero ya que estamos juntos, podemos aprovechar para cambiar impresiones sobre el asunto faldas. Me gustaría conocer tu técnica a fondo.

—Mire usted, señor Mac Nair, las técnicas que le van bien a uno no le van bien a Otro, ¿comprende? Además, también depende de con qué clase o tipo de mujer esté uno lidiando… ¿Tomamos otra cerveza?

—Sí, hombre. —Mac Nair hizo un seña al camarero que estaba tras el mostrador luego, dejó sobre la mesa del rincón que habían ocupado su paquete de cigarrillos y el encendedor—… Y hablando de cerveza: ¿tú has leído que Paul Newman dice que se mantiene así de guapo gracias a que se bebe treinta cervezas diarias?

—¡Qué bárbaro! Además, ¿él se cree guapo? Pues entonces, ¿qué tendría que creerme yo?

—¡Muy bueno! —rió Mac Nair—. ¡Muy bueno!

—Uno, que tiene chispa. Pero vamos a eso de las mujeres. Yo soy todo un experto, señor Mac Nair. Veamos: ¿cómo es la chica a la que quiere «trabajar»?

—Está muy buena —aseguró Ross.

—Hombre, eso ya lo supongo. ¡Todas están buenas! Lo que yo le pregunto es si es tonta o lista.

—Me temo que es listísima.

—¿Honrada o de las que a mí me gustan?

—Honrada.

—¿Casada o soltera?

—Hombre, soltera…

—¿Pobre o rica?

—Tiene más dinero que yo, evidentemente.

—Oiga, usted se las sabe todas, señor Mac Nair.

—No tanto. Ni siquiera sé cómo hacerle entender que me gusta más que navegar en verano.

—Pero, hombre, ¡si eso es lo más fácil de todo! Especialmente con el tipo de mujer que usted ha descrito: guapa, lista, honrada, soltera y rica… Facilísimo. Todo lo que tiene que hacer usted es abrazarla con naturalidad y besarla.

—¿Qué?

—Usted no es sordo, ¿verdad?

—Pues no… No soy sordo, pero, hombre…

—Lo que yo le digo. Usted va allá, la abraza, le da un besó en el pico, pero en serio y bien cumplido y asunto terminado. Sin más problemas. Y ahora, hablemos de cosas serias, ¿le parece?

El camarero había llegado con las dos cervezas. «*Cricket*» bebió un buen trago de una, encendió un cigarrillo del paquete de Mac Nair y se quedó mirando a éste, que bebía también. Hacía calor, y en aquel lugar no se estaba precisamente fresco. Mac Nair encendió también un cigarrillo y de pronto dijo:

—Estoy buscando a un tipo que sepa «arreglar» un coche.

—Puedo darle la dirección de un buen mecánico.

—Tú ya me has entendido, «*Cricket*». No se trata de reparar una avería en mi coche, sino de todo lo contrario.

—Ah.

—Estoy buscando a un especialista en estos asuntos. Pero no quiero que él sepa que lo busco.

—¿Le envía la policía? —preguntó fríamente «*Cricket*».

—No. Y tú sabes que no miento. Fíjate bien: quiero saber quién puede «arreglar» un coche nuevo de modo que el auto se estrelle a lo bestia y que, incluso a juicio de expertos, parezca, que todo ha sido debido a un accidente. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Conoces a alguno?

—Quizá.

Mac Nair asintió. Sacó discretamente un rollo de billetes, separó doscientos dólares, y los pasó bajo la mesa hacia «*Cricket*», que se apresuró a tomarlos.

—¿Su nombre y dirección? —musitó Mac Nair.

—Déme unas horas de tiempo. Máximo, cuarenta y ocho. Y como siempre, nada de mencionarme.

—Pero, hombre, ¡qué tontería! ¿Acaso te he comprometido alguna vez?

—No, señor, pero siempre puede haber una primera vez.

—Descuida. Dos días como máximo, ¿eh?

—No creo tardar tanto. Sólo se trata de hacer una pequeña selección…, que seguramente abreviaríamos si usted fuese un poco más explícito. Sólo que, si no lo ha sido ya, es porque no puede serlo, supongo.

—Supones bien. No puedo decirte más, «*Cricket*».

—Pues con esos datos, tendrá que conformarse usted con los que yo le dé luego.

—Okay.

—De todos modos, debo decirle que esa clase de trabajos están de capa caída, así que quizá no encuentre ni siquiera a un especialista.

—Tiene que haber, en Cleveland uno por lo menos. Aunque…, quizá lo trajeron de fuera, claro.

—Ah…, ¿es sobre algo que ya pasó? ¿No es algo que se esté preparando?

—Ya pasó, en efecto.

—Bueno, eso puede simplificar mi búsqueda. Buscaré… Disimule: ahí vienen cuatro hermosuras.

Mac Nair bebió un trago de cerveza tranquilamente. Cuando, con toda naturalidad, volvió la cabeza, las «hermosuras» ya estaban llegando a la mesa. Pero eran sólo dos. Dos altas y llamativas hembras, una pelirroja y la otra rubia; pintadas más que un cuadro pero con cierto gusto y mostrando y demostrando que tenían motivos para estar en oferta. Sobre todo la pelirroja llevaba un escote tremebundo. Pero eran sólo dos, no cuatro, así que tras mirar a un lado y a otro Mac Nair volvió a mirar a «*Cricket*» interrogante.

—¿No has dicho cuatro…?

—¡Hombre! —farfulló «*Cricket*»… ¡No irá a decirme que entre las dos no valen por cuatro hermosuras!

—Pues sí… ¡Je, je! Sí; claro…

—Te vamos a olvidar para siempre —dijo la pelirroja—. ¿Se puede saber dónde te metes, que hace siglos que no te vemos, so golfo?

—He estado asistiendo a una escuela nocturna —sonrió el bello «*Cricket*»; le guiñó un ojo a Mac Nair—. Éstas son Lucy y Jezabel, señor Mac Nair. No las olvide cuando necesite un buen servicio.

—De manicura, claro —sonrió Ross.

—¡Ay, qué gracioso éste, tú! —rió la rubia.

—Y es guapo, el mochales —opinó la pelirroja—. ¿De dónde lo has sacado, «*Cricket*»?

—Me tocó en una tómbola. Hala, sentaros, que os voy a convidar a champaña.

—¿Tú a nosotras? —exclamó la rubia—. ¡Ay, madre, que me muero!

—No te asombres tanto, mujer —reflexionó la pelirroja—. ¿No has oído que el golfo este ha estado en una tómbola? Bueno, ¿con

cuál de los dos me quedo yo, vamos a ver?

—A decir verdad —se puso rápidamente en pie Ross Mac Nair— yo no he venido aquí pidiendo guerra. Y además, tengo muchas cosas que hacer.

—No me digas que vas a depilarte tú —dijo la rubia.

—Escucha, nena, nada de juerga, que el señor Mac Nair es un caballero muy serio. Así que poned los traseros en las sillas y quedaros calladitas. ¿De acuerdo? —«*Cricket*» miró torvamente de una a otra, y volvió a recuperar la sonrisa cuando las pájaras se sentaron—. Así me gusta: las chicas listas siempre saben quién manda. ¿Por dónde íbamos, señor Mac Nair?

—Bueno, yo creo que no hay más que hablar, «*Cricket*». Y de verdad, tengo muchas cosas que hacer.

—Bueno, usted se lo pierde. No es fácil que encuentre por ahí hermosuras como éstas.

* * *

Realmente era una porquería.

Si se miraba superficialmente, la cosa no parecía tener demasiada importancia, pero, en cuanto se ahondaba un poco, toda la porquería quedaba a la vista. Tampoco había para rasgarse las vestiduras, pero, sin duda, aquel distrito resultaba cuando menos, inquietante.

Había pretendido nada menos que entrar en el apartamento que habían ocupado los miserables esposos Dawson, pero no lo había conseguido, por la sencilla razón de que estaba ocupado por otra familia hacia más de un mes.

Mac Nair había cenado en un restaurante agradable, en Prospect Avenue, y quizá por eso notó el contraste cuando después fue al barrio donde habían vivido los Dawson…, y vivían personas tan poco afortunadas como habían sido el matrimonio de asesinos. Con el viejo truco de que era un periodista que pensaba escribir en su periódico una serie sobre los casos criminales más famosos en los últimos diez años, Ross Mac Nair estuvo haciendo preguntas por el vecindario y siempre iba a parar al mismo punto: nadie había sospechado jamás que los Dawson pudiesen hacer una cosa como la que hicieron, es decir, asesinar a dos ancianos, acribillarlos dentro de su coche y dejarlos abandonados.

Esto era lo mismo que habían dicho a los auténticos periodistas meses atrás, pero, claro, las evidencias estaban clarísimas, y nadie era tan ingenuo como para no admitirlas. Claro, todos se habían sorprendido cuando los Dawson se compraron un coche flamante y comenzaron a manejar dinero, pero ellos no dijeron nada a nadie sobre la procedencia del dinero. Sonreían, prestaban alguna cantidad si se la pedían y eso era todo.

Sobre este punto, sobre el hecho de que los Dawson prestasen pequeñas cantidades a sus miserables amigos, cimentó Ross Mac Nair el edificio de sus dudas. Claro que habían tipos capaces de cortar el cuello a cualquiera y luego llorar porque se les había muerto el canario, pero…

Hacia las diez de la noche, Ross Mac Nair regresó a su domicilio, con toda una serie de ideas claras sobre un caso sucedido meses atrás, pero que para él era como si acabase de suceder. Y en definitiva, salvo lo sorprendente que resultaba que los Dawson hubiesen sido capaces de asesinar, todo estaba igual. Bien, cuando menos sabía con toda certeza que estaba en el buen camino, que no iniciaba un trabajo sobre informaciones erróneas.

Se encontró en el cuarto piso y entonces, como siempre, miró hacia la puerta E. Tras vacilar, se fue para allá, pasando de largo ante su puerta, la A. Pulsó el timbre, con cuidado, apenas lo justo para que sonase un instante, por si Emily Evans estaba dormida no despertarla.

Pero no estaba dormida.

En cuanto, abrió la puerta, Mac Nair oyó la música, y comprendió que la abogada se había permitido aquel rato de solaz. Estaba en pijama… Un pijama precioso, por supuesto muy estival, de pantalón corto, cortísimo y chaqueta que, a juicio de Ross Mac Nair, estaba confeccionada con menos tela que el parche para el ojo de un tuerto. Llevaba el pelo recogido en la nuca, y se veía su esbeltísimo y bellísimo cuello, como el tallo de una flor…

—¡Ah!, señor Mac Nair… Pase, pase, por favor. ¿Ha conseguido ya algo interesante?

Ross tragó saliva y entró en el apartamento de Emily que, naturalmente, estaba decorado de modo muy diferente al suyo con más gusto, muy femenino y sin reproducciones del Kamasutra, el Ananga Ranga, ni nada de eso.

—La verdad es que sólo vengo a pedirle una pequeña información, señorita Evans.

—Muy bien. ¿Puedo ofrecerle algo?

Mac Nair miró de reojo la abertura de la graciosísima chaqueta del pijama, vio en aceptable extensión lo que había por ver, y volvió a tragar, salí va.

—Pues sí que puede ofrecerme algo, sí…

—Lo que sea: pídalo.

—¿Tiene champaña?

Emily quedó boquiabierta un instante. Luego, su gesto se nubló.

—Me temo que no… Iré a ver.

—No se moleste, es igual… Tomaré un *whisky* con hielo. Con mucho hielo.

—Siento no tener champaña… Por favor, siéntese. ¿Qué tiene que preguntarme? Oh, quitaré la música, por que…

—A mí no me molesta. Por otra parte, no tengo derecho a privarla de algo que le guste… Además, voy a ser muy breve: Sólo quería pedirle que me hablase un poco de su amiga Rosie Brownell y de su futuro marido, Larry Parkinson.

Emily asintió. Terminó de servir el *whisky*, añadió unos cubitos y le llevó el vaso a Ross, que fiel a su costumbre se había sentado en el centro del sofá. Ella se sentó a su lado y se quedó mirándolo amablemente… Ross no sabía adonde mirar: si a las bellísimas piernas que parecían de seda, al escote, a la garganta de una belleza impresionante, los grandes ojos, la boca de beso eterno… Optó por mirar el *whisky*, y bebió un trago. Cuando volvió a mirar a Emily a los ojos, se dio cuenta de que ella tenía el ceño fruncido.

—¿Qué quiere saber, exactamente, sobre Rosie y Parkinson?

—¿Los frecuenta usted?

—A él, no, hasta ahora. A ella, últimamente, no demasiado, ya, que cada una tenemos nuestro trabajo en ambientes diferentes, lo que proporciona un círculo de amistades diferentes.

—Entiendo. Bien, yo querría saber qué clase de vida y de horario llevan. Adónde van, qué hacen, a qué hora se retiran, si van al cine o prefieren un club nocturno…

—¿Los va a vigilar?

—No exactamente, pero me gustará saber dónde están ellos en todo momento. ¿Puede ayudarme en eso?

—Me parece que sí, basándome en las últimas conversaciones con Rosie. Veamos, ella se levanta algo tarde, hacia las nueve, de modo que no llega nunca al despacho antes de las diez de la mañana. Tengo entendido que ahora que es el propietario de todo, Larry está dispuesto a trabajar en serio…, al menos durante los primeros meses, así qué cuando Rosie llega, él ya está allí. Despachan la correspondencia en primer lugar. Luego…

Durante unos minutos, sin que Mac Nair la interrumpiese ni una sola vez, Emily Evans dijo todo cuanto sabía sobre las costumbres de su amiga Rosie Brownell, lo que permitía situar con no poca exactitud las actividades de Larry Parkinson. Al final, Mac Nair hizo algunas preguntas, siempre sin tomar nota en parte alguna y finalmente se dio por satisfecho.

—De acuerdo. Por mi parte debo decirle que no he adelantado nada, pero he tenido una idea que puede dar resultado: tengo a un amigo muy introducido en el bajo mundo buscando a alguien capaz de averiar un coche sin que ésa avería sea detectada después del… accidente. Sabré algo concreto en cuarenta y ocho horas, espero.

—No sé si he entendido bien… ¿Usted piensa que el coche de los Dawson fue… averiado…, y que por eso ellos se estrellaron?

—Podría ser.

—Sí —parpadeó Emily Evans—. Podría ser. Y por eso busca a un hombre que sepa averiar un coche adecuadamente.

—Un especialista. Si existe y claro está, hizo el trabajo, podremos empezar a obtener interesantes informaciones.

—No parece muy probable todo esto, ¿verdad, señor Mac Nair?

—La verdad es que no, pero hay una unanimidad digna de ser tenida en cuenta sobre los Dawson… Eran un par de desgraciados, unos pillastres, desde luego, pero…, nadie creyó en su día, ni lo creen aún, o al menos aún están en duda, que pudiesen acribillar a balazos a dos viejos. Así que muy bien pudieron ser utilizados como chivos expiatorios, debidamente engañados, manejados por alguien mucho más listo que ellos.

Emily asintió con la cabeza y quitó de la mano de Ross el vaso de *whisky*, ya vacío.

—¿Quiere otro trago? —ofreció.

—Pues no. Más bien tengo preferencia por otra cosa.

—Con mucho gusto se la prepararé, señor Mac Nair. ¿De qué se

trata?

Ross Mac Nair quitó el vaso de la mano de Emily y lo dejó sobre la mesita. Luego se acercó más a la muchacha, le asió las manos y las subió, hasta colocarlas en su cuello, donde permanecieron, pues ella entrelazó los dedos. Acto seguido, Mac Nair deslizó sus manos por los bracitos, frescos y suaves, como de seda, las deslizó por el cuerpo de Emily hasta la cintura, y entonces atrajo a la abogado contra su pecho y sin más contemplaciones, la besó en la boca.

Fue un tiempo en blanco en la vida de Ross Mac Nair… No supo nada de nada, sólo que estaba besando unos labios tiernos y cálidos que parecían haberse abierto como una flor al amanecer… ¡Qué tontería! Bueno, pero así era. Sí, la vida de Ross Mac Nair estuvo en blanco durante casi tres minutos, como si todas sus funciones vitales hubiesen quedado en suspenso… Sólo cuando, lentamente, apartó un poco a Emily Evans, se dio cuenta de que su cabeza parecía a punto de estallar, y que la sangre circulaba por su cuerpo a velocidad peligrosa.

En cuanto a ella, todavía tenía sus manos tras la nuca y simplemente, le miraba a los ojos, con una cierta curiosidad, con expectación, como si quisiera, más que verle a él, ver sus pensamientos en sus ojos. Lo que Emily Evans fuese a decir, el cómo fuese a reaccionar, era por completo imprevisible para Ross Mac Nair.

—Bueno —dijo el detective privado—. Vaya, caramba… Pues nada: buenas noches, señorita Evans, ya le dejo sola, sí…

¡Plaf!

Fue un tortazo tan descomunal, que Mac Nair temió que la oreja izquierda le hubiese quedado introducida dentro de la cabeza. Lo cual no era cierto, claro. Lo que sí era cierto es que la oreja comenzó en seguida a ponerse roja, roja, roja…, mientras el oído silbaba con tal fuerza que la cabeza de Mac Nair comenzó a dar vueltas.

Pese a esto, el detective privado pudo ponerse en pie con gesto natural, lleno de dignidad, como si nada hubiese ocurrido, diciendo:

—Por favor, no se moleste en acompañarme.

—De ninguna manera —dijo Emily, poniéndose en pie—. ¡No faltaría más, señor Mac Nair!

—Es usted muy amable. Ya nos veremos para cambiar

impresiones de nuevo… ¡Ah!, y gracias por el *whisky*.

—De nada, señor Mac Nair.

—Bien… Buenas noches, señorita Evans.

—Buenas noches, señor Mac Nair.

La puerta del apartamento

4 E

se cerró casi en las narices de Ross, que finalmente se tocó el lado izquierdo de la cara.

—Mi madre, ¡qué sopapo! —farfulló.

Entró en su apartamento. Cuando entró en el salón, dio la luz y se fue directo al bar, donde se preparó otro *whisky*. Su oreja izquierda estaba llena de zumbiditos y el lado izquierdo de la cara comenzaba a escocerle en serio.

En su soporte, el loro lo miraba fijamente, con sus saltones ojos impertinentes y malévolos, mientras estiraba las alas. Había sido sorprendido en un agradable sueño; sin duda.

—Vaya torta me han atizado, Ulises —dijo Ross.

—¡Qué buena estás, Emily!

—¡Cierra el pico, maldito animal! ¡Y como vuelvas a decir eso te voy a dejar sin plumas…!

—¡Qué buena estás, Emily! —insistió impávido Ulises.

CAPÍTULO III

Por la mañana, cuando se disponía a abandonar el edificio de apartamentos para ir a su oficina en el centro, Mac Nair vio, al pasar, que había algo en su buzón para la correspondencia. Era muy temprano para que hubiese pasado el cartero y por la noche estaba seguro de que no había nada en el buzón, así que, sorprendido, se acercó a éste, lo abrió y extrajo un sobre.

No había nombre ni dirección alguna escrita en el sobre. Dentro, un trozo de papel vulgar y corriente, con este mensaje escrito en mayúsculas:

> PARECE QUE PODRÍA TRATARSE DE UN TAL JOE THORWALL, PERO NO SE DONDE PARA ACTUALMENTE. SIGO BUSCANDO. ¿COMO VA LA CONQUISTA DE LA GUAPA, RICA, LISTA Y HONRADA?

La pregunta le hizo llevarse la mano a la oreja izquierda, donde, por fortuna, habían cesado los efectos del tremendo tortazo recibido la noche anterior… Joe Thorwall. ¿Quién demonios era Joe Thorwall? Ross se acercó al bonito cenicero del vestíbulo, encendió un cigarrillo con el papel del mensaje de «*Cricket*» Gimpel y lo sostuvo mientras se iba convirtiendo en cenizas sobre el cenicero…

—¿Es algún mensaje del servicio secreto? —Oyó.

Ross se volvió, componiendo una sonrisa lo más amable que pudo. Pero la sonrisa le quedó congelada en los labios. Lo malo para quien no tiene acceso a tales mujeres, claro está. Éste era, al menos, el caso de Emily Evans, cuya belleza matinal era tan fresca, natural y pimpante como la de una flor. El vestido estival de color azul

claro le sentaba de maravilla…

—Parece que sí, que es del servicio secreto —rió Emily.

—¿Eh? ¿Qué…? Oh; no…

—¿Le ocurre algo, señor Mac Nair?

—No, no… Esto… ¡Buenos días!

—Menos mal. Creí que iba usted a decir lo mismo que su loro. ¿Cómo está Ulises?

—Está muy bien, sí… Muchas gracias. Emm… Bueno, el papel que estaba quemando se refería precisamente a nuestro asunto, señorita Evans.

—¿Qué asunto? —entornó ella maliciosamente los ojos.

—Pues el de los Parkinson, ya sabe.

—¡Ah! Creí que podría referirse a la pequeña escaramuza de anoche. ¿Qué había escrito en el papel?

—Mi amigo «*Cricket*» ha localizado ya a un sujeto que podría ser un especialista en «arreglar» coches. Se llama Joe Thorwall.

—Buen principio. ¿Va a ir usted a ver a ese Thorwall?

—Aún no sabemos dónde vive. Yo estaba pensando que podría ir al Police Departament, y pedirle a mi amigo Stan que me dijese si tienen algo referente a un tal Thorwall en sus archivos.

—Bueno, usted sabrá qué línea de investigación es la más conveniente, señor Mac Nair. Parece que tiene usted amigos en todas partes.

—Pues sí. Son gente de buen corazón, que no hacen discriminaciones, como usted.

—¿Yo hago discriminaciones? —exclamó Emily—. ¿A qué se refiere? ¿Con quién hago discriminaciones…, y qué clase de discriminaciones?

—Conmigo está usted sosteniendo una ferocísima discriminación facial.

—¿Una…? ¡No diga tonterías! Y en todo caso, sería una discriminación racial, no facial. Aunque su raza…

—Digo facial, y digo bien: como soy feo, usted me atiza guantazos. ¿Comprende? Mi faz es fea, así que usted la discrimina de otras faces más hermosas. Por ejemplo, apuesto un dólar a que si la hubiese besado el bebedor de cerveza no le habría soltado el tortazo.

Emily Evans, que no podía contener la risa, preguntó, sin dejar

de reír:

—¡Dígame quién es ese bebedor de cerveza con el que no haría discriminación facial!

—Paul Newman.

—¡Por Dios…! ¡Qué barbaridad! En fin… ¿Debo entender que usted se considera feo, señor Mac Nair?

—Feo como un nabo.

—¿Qué tienen de feos los nabos?

—¡No me diga que le gustan los nabos y yo no! —aulló Ross.

Emily Evans volvió a reír, con tal encanto, que Ross Mac Nair tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no ganarse otro tortazo como el de la noche anterior. Consiguió quedarse quieto, fascinado como un mochuelo deslumbrado, mientras Emily reía. Por fin, ella consiguió hablar en lugar de reír.

—¿Sabe, señor Mac Nair…? ¡Hoy me resulta usted más simpático! Si siempre fuese así, en lugar de ser tan engreído y estirado, quizá algún día le invitaría a ver mi casita de campo. Bien…, me parece que los dos tenemos trabajo, ¿verdad?

—Pu-pu-pues… sí… Claro, sí… ¿Ha dicho su casita de campo?

—Olvídelo. Era una broma.

—Ah. Ya me parecía… ¿Puedo hacerle una pregunta… de índole personal, señorita Evans?

—Por supuesto.

—¿Usted es frígida?

¡Plaf!, resonó el guantazo en el vestíbulo.

—Pitorreos encima, no, señor Mac Nair —dijo secamente la abogada—: Muy buenos días.

Se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el acceso al estacionamiento, y Ross reaccionó rápidamente, adelantándose a ella y abriéndole dicha puerta.

—Permítame, señorita Evans.

—Gracias, señor Mac Nair, muy amable.

—No tiene importancia, señorita Evans.

—De todos modos, muy agradecida, señor Mac Nair. Adiós.

—Adiós, señorita Evans. Le deseo un feliz día.

—Igualmente, señor Evans.

—Gracias. Muy amable.

—Y usted. Adiós.

—Adiós.

Ross Mac Nair se quedó en el vestíbulo, con la mejilla izquierda latiéndole como si tuviese una brasa pegada a la carne. Por suerte, la oreja había salido bien librada esta vez. Y por suerte de suertes, Pete, el conserje, no estaba a la vista… Finalmente, Ross Mac Nair se situó en órbita. Sí, eso era: iría primero a su oficina, por si había algún asunto inaplazable. Esperaría allí el tiempo suficiente para que desapareciese la señal en su cara de los encantadores deditos de Emily Evans, y luego iría a ver al gruñón de Stanley Wooldon, para pedirle que mirase si en el fichero del Departamento tenían a un tal Joe Thorwall. Luego… Bueno, luego todo dependería de si constaban o no constaban algunos antecedentes sobre el tal Joe Thorwall.

Cuando entró en el estacionamiento exclusivo para los inquilinos del edificio, Emily Evans pasaba con su coche hacia la salida, y Mac Nair se inclinó cortésmente.

—Hasta la vista, señorita Evans.

—Hasta la vista, señor Mac Nair.

* * *

—¿Mac Nair? —preguntó Rosie Brownell—. ¿Tiene usted cita previa, señor Mac Nair?

—¿Con usted o con el señor Parkinson?

—Conmigo sé positivamente que no —sonrió Rosie Brownell.

—Pues como usted comprenderá, no voy a ser tan bobo de citarme con el señor Parkinson pudiendo elegirla a usted. Quiere esto decir que si no me he citado con usted, menos aún me citaría con un hombre feo.

—¿Feo? ¿Por qué llama feo al señor Parkinson? —Frunció el ceño Rosie Brownell.

—Por una simple e indiscutible razón: todos los hombres somos feos. ¿A que sí?

La secretaria volvió a sonreír. Emily Evans había tenido razón, hasta cierto punto. Por supuesto, ella no parecía una momia egipcia comparada con su amiga Rosie Brownell, pero lo cierto era que ésta era una muchacha bellísima. Era tan extraordinariamente hermosa que, al llegar un minuto antes al antedespacho y verla, Mac Nair se había preguntado si no estaría soñando. No es que fuese más bonita

que Emily, no... Era como... como irreal, fantástica. Parecía una muñequita delicadísima, de «mírame y no me toques». Alta, esbelta, rubia de ojos verdiazules, con un cuerpo delicado pero bien moldeado, elegante, fragante, etcétera, Rosie Brownell era la chica que un hombre cualquiera se queda mirando embobado, pero sin ocurrírsele nada concreto en un plano íntimo con ella.

Esto era lo que tenía más sorprendido a Mac Nair, pero, de pronto, lo comprendió. Y comprendió el temor de Emily con respecto a su amiga y su inminente boda con Larry Parkinson: Rosie Brownell era preciosa, bellísima, elegante, angelical..., tanto, que finalmente un hombre tenía que acabar harto de ella, a menos que, además de todas sus cualidades, Rosie tuviese otras muchas, más duraderas e interesantes para un hombre. Por lo tanto, si Emily temía que más adelante Larry Parkinson pudiese «prescindir» de su esposa, era porque Emily sabía que Rosie, como suele suceder con todas o casi todas las muñequitas de sus características, dejaría de interesar a Parkinson al poco tiempo de que éste hubiese alcanzado su meta inicial... ¿Podía ser realmente así de vacía Rosie Brownell? Bien, si Emily lo pensaba así, y la conocía desde la infancia, debía tener sus motivos. Aunque, claro, para convencerse de la vacuidad de Rosie, sería conveniente tratarla a fondo..., lo cual no era ninguna mala idea.

—Todos, no —decía Rosie—. Hay algunos hombres muy guapos, señor Mac Nair.

—Observo que es usted partidaria de la discriminación facial.

—¿La disc...? ¡Sí! —Se echó a reír Rosie—. ¡Desde luego que soy partidaria de la discriminación facial!

—Bueno, eso tiene que obligarla a tomar una decisión respecto a mí: ¿me aprueba o me desaprueba?

—A mí me parece usted atractivo, señor Mac Nair. Pero, sobre todo, simpático. Voy a anunciarle al señor Parkinson.

—¡Magnífico! Oh, bueno, si él realmente le ha dado órdenes severísimas para no ser molestado y luego la va a tomar contra usted...

—No se preocupe por eso. ¿Puede decirme el motivo de su visita?

—Pues... Bueno, soy detective privado y quisiera hacerle al señor Parkinson una propuesta que le va a interesar muchísimo.

Rosie Brownell parpadeó, entre sorprendida y dubitativa. Pero cumplió su promesa.

—Señor Parkinson —dijo, tras bajar una palanquita del intercomunicador—, el señor Ross Mac Nair, detective privado, tiene para usted una propuesta de gran interés.

—¿De qué se trata, Rosie? —Sonó la voz de Parkinson.

—Creó preferible que le reciba usted, señor Parkinson.

—De acuerdo. Ven tú también, Rosie.

—Sí, señor.

Rosie Brownell subió la palanquita, tomó su libreta de notas y un bolígrafo de oro, y se puso en pie. Mac Nair sonrió, mientras en su cabeza daba vueltas lo de «señor Parkinson». Bueno, seguramente, este trato ceremonioso había sido convenido por Parkinson y Rosie en las horas de trabajo delante de extraños. La verdad era que no habría hecho buen efecto una familiaridad entre jefe y secretaria de una empresa grande y seria…

La muñequita de «mírame y no me toques» llamó con los nudillos a la regia puerta de maderas preciosas y abrió, sin esperar a más, apartándose para ceder el paso a Mac Nair.

—De ninguna manera —protestó éste—. Usted primero.

—Por favor, sin cumplidos.

Ross Mac Nair entró en primer lugar, haciendo un gesto de disculpa, pero mirando ya, con toda su atención, al hombre que estaba tras la enorme mesa del grandioso despacho lujosísimo. La refrigeración era perfecta, el ambiente gratísimo, todos los detalles eran de buen gusto… Rosie Brownell pasó junto a él, y fue a sentarse en una butaca, preparando la libreta y el bolígrafo, tras presentar:

—El señor Mac Nair.

Éste dirigió una brevísima mirada a las preciosas piernas de la muchacha y se adelantó hacia la mesa, sonriendo. Lawrence Parkinson se había puesto en pie, y tendía la mano con un gesto cordial y expectante al detective. En un momento, se estudiaron el uno al otro. Para Mac Nair, Larry Parkinson era, en efecto, más bien feo. Debía tener unos treinta años, un cuerpo atlético, buen color de sol, cabellos rebeldes…, y era miope. Llevaba unos cristales tan gruesos que sus ojos parecían diminutos, allá al fondo, lejos. Además, esto se veía en seguida, no era precisamente elegante, sino

más bien descuidado y desmañado. Ross pensó que, a menos que bajo la rebelde pelambrera hubiese un cerebro admirable, con Parkinson se podía ejercer, ciertamente, la discriminación facial.

—¿Cómo está usted, señor Mac Nair?

—Estupendamente, gracias. Y gracias por recibirme.

Parkinson sonrió levemente y señaló otro de los sillones frente a su mesa, mientras se sentaba.

—Debo rogarle que sea breve, señor Mac Nair.

—Sí, señor. Bueno, se trata de una idea que he tenido, y que considero digna de estudio para hombres de grandes empresas como usted. Naturalmente, antes de venir a visitarle me he… asesorado un poco sobre la empresa Parkinson, con el fin de cerciorarme de que mis servicios podrían serle útiles…

—Sabrá usted entonces, sin duda, que soy prácticamente nuevo en los negocios, señor Mac Nair.

—Bueno… Sí, claro, algo sé…

—No vamos a engañarnos, ¿verdad? —sonrió de pronto Larry Parkinson—. Usted sabe perfectamente todo lo referente a mí; hasta que heredé estas empresas y una fortuna tremenda, me he dedicado a vivir la vida alegremente, así que no soy ningún lince en los negocios. Todo el mundo sabe que estaría perdido si no fuese por algunos empleados de confianza, en especial la señorita Brownell. Por eso la he hecho entrar también a ella, para que me dé su consejo si llega a ser necesario. Y ahora, señor Mac Nair: ¿cuál es su idea, o su oferta?

—Tengo entendido que su tío, el señor Harold Parkinson, era un auténtico zorro para los negocios, señor Parkinson. Ello era debido a que llevaba muchos años peleando y conocía a las personas. En especial, a las que se relacionaban con él y sus negocios. Evidentemente, usted no dispone de estos recursos, así que he pensado que yo podría facilitárselos.

—No comprendo.

—Una persona digamos no demasiada experta en los grandes negocios, puede ser fácilmente engañada. A veces, incluso contando con buenos consejeros. Se me ha ocurrido que una empresa como la Parkinson podría trabajar siempre sobre seguro si dispusiera de un detective privado con agencia propia que se encargara de investigar, con discreción absoluta y garantizada, a toda aquella

persona que, fuese con el propósito que fuese, ya fuese individual o colectivamente, intentase relacionarse con la Parkinson o con sus empleados de confianza…, o con usted. A veces, en los negocios, se realizan… maniobras extrañas, difíciles de prever por los participantes en dicho negocio…, que resulta ser negocio sólo para una de las partes. La otra parte ha sido engañada… Lo cual no sucedería si un tal Ross Mac Nair hubiese tomado cartas en el asunto previamente. Ya sé que existen los informes comerciales, pero un comerciante es buen pagador, por ejemplo, mientras tiene dinero… Si se le termina el dinero, ¿lo dirá? ¿O intentará salir a flote aunque sea abusando de la buena fe de otras personas? En fin, hay muchas cosas que un informe comercial o bancario no puede decir y un informe de Mac Nair sí puede decir. No sé si me he explicado, señor Parkinson.

Larry Parkinson, que había escuchado con gran atención a Ross, inmóvil, parpadeó de pronto. Encendió un cigarrillo, se quedó mirando el humo, y volvió a mirar a Mac Nair.

—Señor Mac Nair: a partir de éste momento, las empresas Parkinson son su mejor cliente. ¿O ya tiene otros?

—No, señor. Dadas las características de este servicio, tiene que ser en exclusiva… Sería muy molesto estar trabajando para varios clientes y que cada uno de ellos me pidiese informes sobre los otros.

—Eso es ética, supongo. De acuerdo. Deje su tarjeta, y sus servicios serán requeridos oportunamente. Buenos días.

—Emmm… ¿No le parece que deberíamos concretar un poco más todo el asunto, señor Parkinson?

—En estos momentos, no. Tengo muchas cosas que atender. Nunca creí que una persona pudiese trabajar tanto… ¿Juega usted al tenis, señor Mac Nair?

—Bastante bien.

—Le espero esta tarde, a las seis en mi casa. Podemos hacer un buen partido, tomar el aperitivo y conversar con tranquilidad durante la cena de su buena idea. ¿Sabe dónde vivo?

—Soy detective —sonrió Ross—: me enteraré.

—Me gusta usted —rió Parkinson—. ¿A las seis?

—A las seis. Tengo que ver a un amigo esta tarde, pero me dará tiempo. Precisamente ese amigo es el que hizo germinar en mi cabezota la idea de venir a verle a usted. Quizá lo conozca. Su

nombre es Thorwall. Joe Thorwall.

Larry Parkinson reflexionó brevemente, mientras Mac Nair miraba al fondo de aquellos diminutos y lejanos ojos, con la esperanza de observar en ellos alguna reacción al haber sido pronunciado el nombre de Thorwall, el sujeto que según «*Cricket*» Gimpel podía ser un «arreglador» de automóviles.

—No —negó Parkinson—. Thorwall… No, no, seguro, no le conozco. Pero puede llevarlo a casa con usted, si lo considera útil para la entrevista.

—Podemos prescindir de él. ¿Es usted de los que siempre quieren ganar, señor Parkinson? Lo pregunto para saber si debo dejarme ganar al tenis por usted, a fin de resultarle aún más simpático.

—No —rió Larry Parkinson—. A mí, lo que me gusta del tenis es jugarlo, señor Mac Nair. Ganar o perder es sólo una circunstancia.

—Usted y yo nos entenderemos bien —asintió Mac Nair.

CAPÍTULO IV

Mac Nair contempló hoscamente a Larry Parkinson.

—Francamente, esperaba ganarle el partido, señor Parkinson. Pero ha sido la más tremenda paliza tenística que he recibido en mi vida.

—Es natural —sonrió Parkinson.

—¿Por qué es natural? —Gruñó Ross.

—Hasta hace muy poco, todo lo que yo he hecho en mi vida ha sido deporte y divertirme. Mi deporte preferido ha sido siempre el tenis, y lo he jugado con grandes campeones; comprenderá que con todo eso a mi favor, ganarle a usted no ha sido precisamente una hazaña.

—No sé cómo lo ve usted, pero me ha dejado desmoralizado.

—Todo eso se le pasará con el aperitivo —volvió a reír Parkinson—. Bueno, vamos a ducharnos.

Se dirigieron hacia el cobertizo cercano a las pistas y la piscina, donde estaban los vestuarios deportivos y las duchas. Ross Mac Nair había perdido el partido por
6-3,
6-1,
6-2,
pero, en realidad, ya lo había olvidado. Lo que no era fácil de olvidar era el lugar donde estaba.

Nada más llegar con su coche había quedado pasmado, ante la extensión del jardín con grandes zonas de césped que rodeaba la casa. Una enorme mansión, con las instalaciones deportivas en la parte de atrás, de modo que quedaban ocultas a las hipotéticas miradas desde la avenida. A juzgar por el aspecto de la casa, debía ser de esas que tienen treinta habitaciones y veinte cuartos de baño,

más o menos. A la izquierda de la casa estaba el garaje, donde Ross había dejado su coche…, junto a los cuatro de Larry Parkinson, uno de ellos, naturalmente, un «Rolls Royce», y el otro un «Lincoln Continental». Había visto dos jardineros trabajando por allí, y un chófer en el garaje. Delante de la casa había vislumbrado por lo menos dos criadas y a otro hombre, posiblemente el mayordomo…

—No se puede tener todo en la vida —dijo Parkinson—: soy un excelente jugador de tenis, pero soy miope. ¿Qué le parece eso, Ross?

—Que me alegro, en algo tenía que ganarle yo.

Parkinson, que había jugado con unas gafas especiales, de largas varillas que se sujetaban a la nuca, lo miró un instante sorprendido, y luego se echó a reír. Le dio a Mac Nair una tremenda palmada en un hombro y sin dejar de reír, se metió en la ducha, tras quitarse las gafas.

Se ducharon los dos, y poco después, ya secos, Parkinson se puso su albornoz y señaló la puerta.

—Voy a vestirme a la casa. Lo esperamos, Ross.

—Okay.

El detective privado quedó solo en los vestuarios. Había estado a punto de volver a mencionar a Joe Thorwall, pero llegó a la conclusión de que no valía la pena, ya que si la primera vez no había conseguido saber si ese nombre impresionaba a Parkinson, menos lo sabría estando éste sobre aviso… Bien, de todos modos, había conseguido lo que parecía imposible: acercarse al multimillonario Larry Parkinson, y nada menos que conseguir un empleo en sus empresas. Un empleo que podía darle mucho, dinero a ganar, y no poco prestigio en la profesión. El prestigio lo tenía asegurado, pero el dinero… Bien, si descubría que Larry Parkinson había tenido algo que ver con lo sucedido meses atrás a sus tíos y a los Dawson, él no ganaría ni un centavo, ya que su «patrón» iría de cabeza a la cárcel. Mala suerte.

Recogió todas sus cosas, las metió en la bolsa y se vistió de calle. No le había parecido oportuno ponerse el esmoquin.

Poco más tarde, después de haber dejado su bolsa deportiva en el coche, Ross vio que había acertado: tanto Larry Parkinson como Rosie Brownell, que le esperaban en el salón de la casa, vestían con sencillez, de calle, no de noche. Todavía estaba Ross mirando de un

lado a otro, pasmado, cuando Parkinson se le acercó, con un vaso en la mano.

—¿Cómo están esas piernas? —rió.

—Fuertes. Pero peludas.

Parkinson rió una vez más. Parecía pasarlo estupendamente con Mac Nair, al qué llevó hacia un sillón a base de palmadas en la espalda. Rosie estaba sentada en el sofá, y sonreía divertida. Larry se sentó junto a ella y la besó en un hombro.

—Parece que no ha podido usted con Larry, señor Mac Nair.

—Es un monstruo —refunfuñó Ross—. En cambio, usted es un ángel. Claro que al llamar monstruo al señor Parkinson me refería a que jugando al tenis es brutal. Bueno, lo que he querido decir…

—Me parece que le hemos entendido los dos —rió Rosie—. ¿No está usted sorprendido por verme aquí?

—Las buenas secretarias están siempre al pie del cañón —dijo muy seriamente Ross—: yo despediría a la mía si no estuviese a mi lado siempre que la necesitase.

—Ya. ¿Hay algo personal…, íntimo, entre usted y su secretaria? Ya me entiende.

—La entiendo. No, no hay nada de eso.

—Entre nosotros, sí. Quiero decir —sonrió angelicalmente Rosie — que Larry y yo vamos a casarnos.

—¿De veras? —Mas Nair miró con «sorpresa» de uno a otro—. Vaya, les felicito a ambos. A usted, porque aprenderá a jugar al tenis, señorita: Rosie, y a él porque… Bueno, no creo que haga falta que la describa a usted.

—Si no entiendo mal, le parezco atractiva, señor Mac Nair.

—¡Atractiva…! Vamos, vamos, usted sabe perfectamente que es preciosa… ¿O no lo sabe?

—Pues sí —rió Rosie—. ¡Pero me gusta oírlo decir!

—Tiene usted los dientes como perlas —dijo muy seriamente Ross Mac Nair.

—Hombre, Mac Nair, ya que habla usted de perlas… ¿Le gustaría probar una bebida especial antes de la cena?

—Depende, señor Parkinson —lo miró Ross—, me gustaría conservar el estómago entero, sin agujeros.

—No, no… No crea usted que es una bebida fuerte… Al menos, no demasiado. Se llama «Aska». Mil quinientos dólares una botella.

—¿Mil qui…? ¡Usted bromea, claro!

—De ninguna manera. Es una bebida muy especial. Sólo le diré que necesita cien años para fermentar debidamente, y que, como… digamos ingrediente indispensable precisa llevar disuelta un par de perlas, o, con preferencia, algunas piedras preciosas.

Ross Mac Nair estaba realmente atónito.

—¿De verdad habla en serio?

—Completamente —asintió Parkinson.

—Caray… ¿Y qué clase de piedras preciosas lleva disueltas? ¿Garbanzos?

—¡Rubíes! —rió de nuevo Parkinson—. ¡Rubíes, zafiros, esmeraldas, perlas…! ¡Cosas así! Los garbanzos, señor Mac Nair, no son piedras preciosas.

—Son puntos de vista —murmuró Ross—. Hay quien considera que los garbanzos, las lentejas, las judías y hasta el arroz, son piedras preciosas comestibles. Y se darían por satisfechos con poder disponer de esas clases de piedras preciosas siempre que las necesitasen.

—Entiendo —sonrió ahora Parkinson—. Unos tanto y otros tan poco, ¿no es eso? Sin embargo, así están las cosas. La Humanidad, en general, no está preparada para disfrutar de las cosas buenas de la vida.

—¿Y usted sí?

—Naturalmente. ¿Quiere o no quiere probar el «Aska»?

—Me gusta pasar por todas las experiencias posibles… Y dígame, señor Parkinson: según usted…, ¿cuáles son las cosas buenas de la vida?

Larry Parkinson miró afablemente a Mac Nair. Luego, sin contestar, miró a Rosie, con gesto interrogante.

La muchacha asintió, y él se puso en pie y fue hacia el bar, empotrado en la pared, lujoso y magnífico. Eligió una botella, sirvió en tres vasitos, colocó éstos en una bandeja de oro y la llevó a la mesita que había delante del sofá. La dejó allí, tendió un vaso a Rosie y otro a Mac Nair, que susurró:

—Por las cosas buenas de la vida.

—Es un buen brindis —aceptó Parkinson.

—Es bueno, ¿verdad?

—Sí… Muchísimo. Es… fuerte y suave… No. Es suave y cálido,

pero no fuerte. O sea, que no quema, no. Sólo calienta como… como si estuviese… ¡refrescando!… ¡Qué tontería!

—No. Lo ha descrito bien, Mac Nair. El «Aska» es una de las cosas buenas de la vida. ¡Y hay tantas…! Usted me ha preguntado cuáles son, y yo acabo de contestarle: ¡hay tantas…! Además, eso depende del gusto de cada uno. Lo esencial es tener siempre el suficiente dinero para poder adquirir lo que a uno le gusta: buenas comidas y bebidas, hermosas mujeres, yates, palacios, coches… Todo lo que puede conseguirse con el poder. Y el dinero, amigo mío, es el máximo poder del mundo. Con dinero se puede disfrutar del agrado de vivir, de tenerlo todo, de disfrutar de todo, de todas las cosas buenas de la vida. ¿Por qué no gozar de ellas, si las tenemos a nuestro alcance?

—Usted las tiene. Otras personas no.

—Todo es cuestión de paciencia. O quizá de suerte… Ya debe saber usted que antes de fallecer mis tíos yo no tenía un centavo propio y que vivía de otro modo. Mis tíos eran unas buenas personas, desde luego. Me daban dinero de cuando en cuando… Poco, ya que decían que si quería más, tenía que trabajar en las empresas Parkinson… ¡Qué tontería, trabajar…! Eso sólo lo hace quien no tiene más remedio. Pero yo, que podía vivir sin trabajar, lo cual es una de las cosas buenas de la vida…, ¿por qué iba a trabajar? ¿No le parece absurdo?

—Muy absurdo.

—Tan absurdo como la situación actual. Antes, cuando no tenía nunca un centavo, vivía como un rey. Ahora, que tengo yo qué sé cuántos millones, vivo como un esclavo. Pero, naturalmente, ya he encontrado la solución.

—¿Y cuál es?

—Muy sencilla. ¿Le gustaría a usted ganar trescientos mil dólares al año, Mac Nair?

—No. Pagaría demasiados impuestos.

Era una muestra más del humor de Mac Nair. Rosie rió, y Parkinson la besó ahora en un lado del cuello, haciendo poner a Rosie los ojos en blanco. Frente a ellos, Ross Mac Nair notaba como si le estuviesen dando un tremendo pellizco en el estómago.

—Yo puedo pagarle trescientos mil dólares al año —dijo Parkinson—. Es cierto, pagaría muchos impuestos, pero aún así,

sería el detective privado más rico del país, supongo. Y todo, por ocuparse de mis cosas. Es decir, por formar equipo con otro hombre adecuado a la dirección de las empresas Parkinson que tendremos que buscar. Usted y él forman un equipo, yo dejo mis negocios en sus manos, y me dedico a lo mío, a disfrutar de las buenas cosas de la vida… ¿Trabajar? Ni hablar de eso. Despierte, Mac Nair, amigo mío: tiene la vida ante usted, por poco tiempo. Aunque viva cien años, es poco tiempo… ¿Vamos a estropearlos trabajando?

—Su punto de vista es sugestivo —admitió Ross—. Pero sólo una persona tan rica como usted puede sostenerlo.

—Pues hágase rico.

—¿Cómo?

—Como sea, hombre, como sea… Desde niño, yo sólo he tenido ante mí las cosas buenas de la vida. Las otras cosas, no me interesan. Sólo quiero siempre lo mejor de lo bueno. O como suele decirse, lo mejor de lo mejor. ¡Eso es lo único que importa!

Larry Parkinson volvió a besar un hombro a Rosie y luego fue deslizando los labios por el desnudo brazo de la muchacha, que miraba fijamente a Ross Mac Nair. Éste, que miraba a Parkinson, la miró a ella de pronto. Rosie bajó la mirada hacia su vasito de licor conseguido a base de cien años de fermentación con piedra preciosa incluida. Mac Nair volvió a mirar a Parkinson, que tras haber llegado con sus besos al codo de Rosie, regresaba hacia el hombro. Llegó a la garganta y allá se detuvo, para mirar de pronto a Ross, que parecía una estatua.

—Estoy siendo descortés —sonrió—. Éste no es momento de expansiones personales…, aunque esto sea una de las cosas buenas de la vida. ¿No está de acuerdo, Mac Nair?

—Si se refiere a las mujeres, debo decirle que estoy de acuerdo con usted. El amor es muy agradable y hermoso.

Larry Parkinson alzó las cejas, como divertido.

—Hablemos de su oferta —cambió bruscamente de conversación —. Me interesa. He estado pensando en ella, y creo que con un lince como usted en la dirección, las empresas Parkinson jamás serán engañadas. Así pues, yo también tengo mi oferta. ¿La acepta?

—¿Qué oferta?

—Ya se lo he dicho —se sorprendió Parkinson—. Trescientos mil dólares anuales por formar parte del equipo que quiero crear para

que trabaje por mí.

—¿Me ofrece en serio un sueldo de… trescientos mil dólares al año, señor Parkinson?

—Naturalmente. ¿Necesita algún anticipo, quizá?

Mac Nair parpadeó. Luego, se pasó la lengua por los labios, lentamente. ¿Se estaban burlando de él? ¿Estaba Parkinson intentando burlarse de él? Cierto que las empresas Parkinson tenían envergadura suficiente para contratar en exclusiva una agencia de investigación privada, como era la suya. Cierto que él sabría afrontar aquella tarea que había ideado sólo para ponerse en contacto con Parkinson y poder estudiarlo de cerca, analizarlo como persona, llegar al fondo de sus pensamientos, de su mecanismo mental… Cierto todo. Pero…, ¿trescientos mil dólares al año? Sí, tenía que ser una broma. Parkinson debía estar divirtiéndose. ¿Sabía, quizá, por qué él estaba allí, que le había buscado, para estudiarlo como si fuese un bicho raro…?

En ese momento de tensión, sonó un zumbido en el bolsillo interior de la chaqueta de Ross Mac Nair. Enseguida, otro. Y otro, y otro, y otro… Ross sacó el pequeño avisador telefónico y lo paró.

—Me avisan de mi oficina que debo llamar allá —musitó—. ¿Me permiten un minuto?

—Por supuesto —autorizó Parkinson—. ¿Ve lo que le digo, Mac Nair? Usted está ahora con un par de amigos, pasándolo bien, descansando después de un duro partido de tenis. ¿Y qué ocurre?, pues, que suena su avisador telefónico. Ahora, tiene que llamar usted a su oficina, preguntar qué ocurre y desde allá le dirán que hay tal o cual asunto urgente, que usted debe atender. ¿Sabe qué hora es? Las ocho menos diez de la noche. Usted debería ahora seguir conversando tranquilamente, beberse su «Aska» y luego cenar con toda placidez. Luego, sí, podría utilizar el teléfono… para llamar a alguna amiga, ir con ella a bailar, a tomar unas copas de champaña, y, finalmente, amigo mío, retirarse ambos a descansar agradablemente… ¿No está de acuerdo?

—Es un buen programa —susurró Mac Nair, señalando el teléfono—. ¿Puedo llamar desde aquí?

Segundos más tarde, sentado en otro sillón, ante una mesa de mármol verde, Mac Nair marcaba el número de su oficina en un teléfono de época, bellamente floreado.

—Nancy, soy Ross. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no estás en casa?

—Bueno, gracias, querida. Dime, ¿qué pasa?

—¡Ah, estupendo! ¿Qué te ha dicho?

—Sí, sí, sí… No, no lo apunto, no hace falta, lo recordaré. Pero ése no es el número de teléfono de «*Cricket*»… Nunca lo había llamado ahí.

—El muy granuja… Pero ha hecho un buen trabajo. Voy a ocuparme de eso inmediatamente. Hazme un favor, ¿quieres? ¡Vete a casa ahora mismo!

Mac Nair colgó y volvió a sentarse en el sillón frente al sofá que ocupaban Parkinson y Rosie, los cuales le miraban con cierta expectación. Ross terminó su «Aska», dejó el vasito, e hizo un gesto de impotencia.

—Me va a perdonar, señor Parkinson, pero debo marcharme.

—Lo he supuesto. Pero entiendo que debíamos charlar sobre nuestro… convenio, ¿no es así?

—No hay mucho que hablar. Sólo un imbécil rechazaría trescientos mil dólares al año. Yo no lo soy. Lo que significa que desde este mismo momentos soy su empleado, señor Parkinson.

—En ese caso, le ordeno que se quede aquí y que sigamos conversando.

Mac Nair parpadeó. Luego, sonrió, se acercó a Rosie y le tomó la mano, inclinándose con el gesto de besarla.

—Iba a decir que puesto que somos compañeros de trabajo en las grandiosas empresas Parkinson, podíamos llamarnos Rosie y Ross a secas, pero luego usted se convertirá en la señora Parkinson y quizá la situación no resultase adecuada entonces. Así que, buenas noches, señorita Rosie.

—Adiós, Ross —sonrió levemente Rosie Brownell—. Espero verte mañana en el despacho.

—¿Entiendo que se va usted, Mac Nair? —Frunció el ceño Larry Parkinson.

—En efecto. Tengo algo que hacer esta noche, señor Parkinson… Y cuando yo tengo algo que hacer, ni siquiera mi jefe puede impedírmelo. No sé si me entiende.

—Eso significaría que usted, realmente, nunca tendrá jefe, sino una… persona con la que cambiar impresiones respecto a lo que conviene o no conviene hacer.

—Es una buena descripción de lo que serán las relaciones entre «Mac Nair Investigations» y las empresas. Parkinson. Buenas noches a los dos.

CAPÍTULO V

Entró en su apartamento y se dirigió directamente a la cocina, donde dejó la bolsa con la raqueta y las prendas usadas en el partido de tenis. Por la mañana las pondría en la lavadora. Ahora, lo urgente era ir a conversar con Joe Thorwall, que había sido localizado, finalmente, por «*Cricket*» Gimpel.

Sólo que, como un tipo como Thorwall podía ser peligroso, Mac Nair había decidido pasar antes por su apartamento, para recoger la pistola que tenía allá. Se quitó la chaqueta entrando en el dormitorio, abrió el armario, luego uno de los cajoncitos de éste, y sacó la funda, con la pistola. Se colocó la funda, sacó el arma y examinó velozmente el cargador. La había necesitado pocas veces, pero esas pocas veces había sido de verdad, así que nunca cometía descuidos en este aspecto: si llevaba un arma, la llevaba cargada y en condiciones de ser utilizada en cualquier momento…

El teléfono sonó cuando se disponía a ponerse la chaqueta. Sonaron los dos aparatos, esto es, el que tenía sobre la mesita de noche y el del salón. Tras breve titubeo, Mac Nair salió del dormitorio, con la chaqueta en la mano. En el salón, atendió la llamada por medio del *speaker* phone, de modo que podía conversar sin necesidad de sostener el auricular junto a su oído, lo cual aprovecharía para ponerse bien la corbata y ponerse la chaqueta.

—Sí, diga.

—¿Ross, querido? —inquirió la voz femenina.

Ross Mac Nair quedó a medio apretar el nudo de la corbata, fija su mirada en el pequeño aparato complementario del teléfono. Si sus oídos no le engañaban, aquélla era la voz de Emily Evans.

—Sí, soy Ross —contestó, con naturalidad.

—Mi amor, llevo llamándote horas enteras… ¿Es que no piensas

venir esta noche?

Mac Nair estaba pálido.

—Por supuesto que sí, Emily. He estado realizando unas gestiones importantes y acabo de llegar. Estaré ahí dentro de unos minutos, querida.

—No tardes mucho, Ross. ¡Te espero tanto…!

—Descuida, mi nenita. Hasta ahora.

El detective privado cortó la comunicación. Se puso la chaqueta y se pasó una mano por la cara, que estaba fría. Todo él estaba frío.

Permaneció inmóvil no menos de un minuto, pensando. Pero no se le ocurría nada, no encontraba la solución. La situación no tenía solución, pero con toda seguridad él no podía quedarse sin hacer nada, sin intentarlo, al menos. Por fin, suspiró profundamente, se tocó la pistola con el codo, como queriendo asegurarse una vez más de que estaba allí, y se dirigió hacia la puerta.

Salió del apartamento y se dirigió con toda naturalidad al
4 E.
Se detuvo ante la puerta, y pulsó el timbre. A los pocos segundos, oyó tras la madera la voz contenida de Emily Evans.

—¿Eres tú, Ross?

—Sí, querida.

La puerta se abrió. Emily la había atraído con la mano izquierda, suavemente. Sonreía… Ross Mac Nair miraba al fondo de los bellísimos ojos de la muchacha, que a su vez le contemplaba fijamente, consiguiendo con los labios una acogedora sonrisa. Sólo con los labios, porque en el fondo de los ojos de Emily Evans no había sonrisa alguna.

—Pasa, Ross, pronto —suplicó ella.

Ross Mac Nair dio un paso hacia el interior del apartamento…

De pronto, se lanzó con todo su peso y fuerza contra la puerta, de modo que ésta escapó de la mano de Emily y fue a golpear contra la pared abriéndose completamente… Es decir, habría golpeado contra la pared si algo no lo hubiese impedido. Algo grueso y sólido, que fue aplastado contra la pared por la puerta. Se oyó una exclamación de dolor, y en seguida el ruido de algo duro al caer al suelo.

Mac Nair asió el pomo de la puerta, y la separó de la pared, rápidamente, con la mano izquierda. Con la derecha, sacó la pistola.

Al apartar la puerta, vio al hombre que estaba de espaldas contra la pared. Simultáneamente, el hombre le vio a él, lanzó un gruñido de rabia, y su mirada bajó hacia el suelo…, donde había caído la pistola con silenciador con la que había estado amenazando a Emily Evans. El hombre se inclinó en busca de la pistola, pero Ross la apartó de un puntapié, mientras estiraba el brazo, apuntando a la cabeza de aquel sujeto.

—¡Quieto! ¡Póngase…!

Tal como estaba, inclinado, el hombre saltó contra Ross Mac Nair. La cabeza pasó bajo la mano armada de éste, y fue a golpear con fuerza en la parte baja del vientre. Mac Nair lanzó un bufido, y cayó sentado. El hombre saltó sobre él, aferrándole la mano armada y derribándolo de espaldas.

Tenía una fuerza descomunal.

Con la mano izquierda, sujetaba la derecha de Mac Nair contra el suelo, impidiéndole apuntarle con la pistola. Con la derecha, hizo presa en la garganta del detective privado, y apretó con una fuerza inicial terrible, que por un instante nubló la vista de Ross.

—Ahora verás, fisgón… —jadeó el hombre.

Mac Nair estiró los párpados, y lo vio de nuevo con nitidez. Sobre él, aquel rostro de rasgos duros y hostiles se distendía en una mueca de furia inaudita, los ojos parecían lanzar llamaradas, la boca se torcía hacia un lado con una mueca siniestra de determinación. Le iba a matar. Y tenía tal fuerza que parecía imposible tan siquiera intentar defenderse.

Sólo que Ross Mac Nair tenía mucha más fuerza de la que él mismo creía. Así, cuando pese a la presión de aquella mano contra la suya apretándola contra el suelo, él puso en tensión sus músculos, consiguió despegar lo mano del suelo. Siguió empujando hacia arriba, y el hombre comenzó a gruñir bestialidades, apretó con brusquedad, y la mano de Mac Nair fue apretada contra el suelo con tal violencia que la pistola saltó de ella, quedando fuera del alcance de ambos.

Lanzando un rugido de triunfo, el hombre soltó entonces la mano de Mac Nair, y la unió a la otra, en el cuello.

Entonces, Mac Nair disparo su puño derecho, describiendo un arco. El golpe alcanzó al sujeto en la nariz, de lado, y le produjo tal dolor que lanzó un berrido, soltó el cuello de Ross, y se llevó las

manos a la nariz…

¡*Crack*!, crujió el puño de Mac Nair sobre las manos del hombre: El puñetazo le aplastó las manos contra la nariz y la boca, y el hombre volvió a gruñir…, en el instante en que Ros le golpeaba de nuevo, ahora con la mano izquierda, en un lado del cuello.

El hombre cayó de lado, a la derecha de Ross, que giró, y se puso en pie…, en dirección opuesta adonde había saltado su pistola: En cambio, el hombre había quedado tan cerca del arma que sólo tenía que estirar el brazo y tomarla. Lo cual intentó, pese a que estaba semiaturdido.

Plop…

El chasquido del disparo no debió salir del apartamento
4 E.
Ni la bala, que tras rebotar junto a la mano del hombre, fue a clavarse en la pared. El sujeto respingó, retrocedió arrodillado, y volvió sus ojos desorbitados hacia donde había sonado el chasquido de su propia pistola.

Allí, arrodillada en el suelo, con los ojos desorbitados por el miedo, estaba Emily Evans, sosteniendo el arma, apuntándole… El hombre lanzó un chillido como de rata pisada, y se tiró de lado al suelo en el momento en que Emily volvía a disparar… La bala fue a dar al techo, pero el hombre ya no estaba en condiciones mentales ni físicas de valorar la peligrosidad de Emily…, y más, teniendo ante él a Ross Mac Nair, que en aquel momento jadeaba:

—¡No dispares más…! ¡Quiero capturarlo…!

El brazo de Emily cayó al suelo como si fuese de plomo, y Mac Nair se acercó al hombre…, que alzó una pierna, con fuerza. El impacto de su pie entre las ingles de Mac Nair fue tan inesperado, y sobre todo tan doloroso, que el detective lanzó un bramido, y cayó de rodillas como si lo hubiese hecho practicando algún extraño salto. Emily gritó, alzó de nuevo la pistola…, y el sujeto rodó hacia la puerta, y salió del mismo modo del apartamento…, mientras otra bala se clavaba en la pared.

En seguida, se oyeron las pisadas del hombre en el pasillo, mientras Emily apuntaba hacia la entrada a su apartamento, y Ross Mac Nair se ponía en pie, tambaleándose, con las manos en las ingles, el rostro lívido.

—La madre que lo… —jadeó.

Se inclinó a recoger su propia pistola, y salió a trompicones del apartamento. Ni rastro del hombre. Corrió hacia el hueco de la escalera, se detuvo junto a la barandilla, y escuchó… Abajo, ya en el primer piso, resonaban las velocísimas pisadas del fugitivo.

Por un instante, Mac Nair estuvo a punto de gritar para advertir al portero, pero desistió apenas surgida la idea: no tenía derecho a poner en peligro al pobre Pete, desde luego.

Regresó al apartamento de Emily, cerró la puerta, y se acercó a la muchacha, que continuaba arrodillada, con la pistola en la mano, desorbitados los ojos. Mac Nair le quitó la pistola, ante todo. Luego, la asió de un brazo y la hizo ponerse en pie.

—Tranquilícese, señorita Evans: ya no hay peligro.

Ella le miró. Sus labios comenzaron a temblar. De pronto, se abrazó a Ross Mac Nair, y comenzó a llorar.

—Bueno, bueno —palmeó Ross la espalda de seda—. Ya se ha marchado. Llore cuanto quiera, de todos modos: Llorar es muy sano. Al menos, para los niños.

Emily continuó llorando no menos de un par de minutos más, mientras Mac Nair estaba atento a todos los sonidos. Parecía que nadie había oído nada, o que no sentía interés por los extraños ruidos que hubiesen podido oír en el apartamento de la abogada. Mejor.

—Por mí puede llorar más rato —dijo, alzando la barbilla de Emily—… Lo estoy pasando fenómeno, con usted abrazada a mi hermoso cuerpo de atleta. Y debo admitir que su cuerpo tampoco está nada mal.

Emily se envaró de pronto. Retrocedió un paso, y se lanzó hacia su dormitorio para arreglar el desorden que en su tocado produjo la lucha. Mac Nair se limitó a sonreír, y entró en el salón. Localizó el pequeño bar, sirvió dos raciones de *whisky*, y fue a por cubitos de hielo a la cocina. Con un vaso en cada mano, fue al dormitorio, y entró, tranquilamente. La señorita Evans se había serenado ya. Respingó al ver aparecer a Mac Nair, pero en seguida se tranquilizó. Ross se sentó en la butaquita de color rosa, y le tendió un vaso.

—Nos va a sentar bien un trago, ya lo verá. Siempre y cuando esté ya completamente tranquila.

Emily asintió con la cabeza, y se acercó, tomó el vaso, y fue a sentarse en el borde de la cama. Mac Nair bebió un trago, y esperó

a que lo hiciese ella también.

—Esto no es «Aska», pero tampoco está del todo mal —murmuró —… También puede ser considerado como una de las cosas buenas de la vida. Adivine con quién he estado jugando al tenis esta tarde.

—¿Con quién?

—Con Larry Parkinson. Luego, he tomado aperitivo y un licor llamado «Aska», en el salón de su casa. Rosie Brownell estaba allí. En mi opinión, Larry Parkinson tiene muy buen gusto, pero es demasiado expresivo con ella. La estaba besando de un modo… goloso en mi presencia. Como si… Bueno, me pareció que era la actitud del hombre que ya ha tenido todo lo que se puede tener de una mujer.

—¡Oh, no! —exclamó Emily.

—¿Seguro que no?

—¡Claro que no!

—Bien… Puedo estar equivocado, naturalmente. Verá lo que pasó.

Explicó su estancia en la mansión de los Parkinson, en qué consistía el «Aska», lo que habían hablado, y que, de momento, tenía un empleo para su agencia de investigaciones de trescientos mil dólares al año… Con toda aquella charla, consiguió lo que estaba buscando: que Emily Evans, realmente, se tranquilizase y se relajase.

—¿Quiere otro trago? —ofreció.

—No… No, gracias, señor Mac Nair.

Éste la contempló hoscamente.

—Ya no soy «querido» ni «mi amor», ¿eh? Está bien, señorita Evans, podemos hablar ya de lo sucedido. ¿Conoce usted a ese hombre?

—¡Claro que no!

—Bueno, dígame lo que pasó. Con calma. ¿Quiere más *whisky*?

—No, no.

—Pues la escucho.

—Bueno, no sé… Él vino aquí, llamó. Me dijo que era un amigo de usted y que traía un recado. Yo le abrí la puerta, naturalmente. Entonces, él entró, me amenazó con la pistola, y me dijo que estaríamos juntos esperándole a usted, pues yo tenía que hacerle venir aquí. Comprendí… comprendí que era para matarlo a usted, y

que también me mataría a mí, que estaba preparando una trampa, y entonces se me ocurrió comunicarme con usted de modo… de modo que usted comprendiese que estaba ocurriendo algo extraño. Él me preguntó si usted se sorprendería si lo citaba en mi apartamento, y yo le dije que todo lo contrario, que casi todas las noches venía usted a pasar un rato… agradable conmigo, y que… que… Bueno, le dije que éramos amantes…

—Con lo cual, ha empañado usted mi buen nombre.

—¿Qué… qué…?

—¡Oh, vamos, señorita Evans…! No haga caso de mis tonterías y siga. ¿Qué más?

—Sí… Bien, él dijo que yo tenía que comportarme como lo hacía siempre, de modo que usted no notase nada extraño en ningún momento. Pero como lo que yo quería era precisamente que usted comprendiese que ocurría algo, pues le hablé de aquel modo por teléfono cuando al fin contestó, y me… me puse tan tierna por si usted no lo había entendido aún, convencida de que al verme así ya no podría dudar de que algo no iba bien.

—Algo, pero no todo. Gracias a ese sujeto he asistido al más lindo diálogo del mundo. Y él también. ¿Lo conocía usted?

—¿Yo? ¡Claro que no!

Mac Nair se pasó una mano por el cuello, donde le estaba apareciendo una señal roja allá donde había sufrido la presión… No cabía la menor duda de que aquel hombre había querido matarle, y que con tal fin le había tendido la trampa en el apartamento de Emily, pero…, ¿por qué allí? Podía haberlo acribillado a balazos en cualquier sitio: en la calle, en el garaje, esperándole en su propio apartamento… ¿Por qué precisamente en el apartamento de Emily Evans? ¿Y con qué base había recurrido a ella para utilizarla como cebo?

—¿Usted le ha hablado a alguien de mí, señorita Evans? Algún comentario, cualquier cosa…

—No.

—¿Está segura? Piénselo bien.

—Ya le he dicho que no.

Mac Nair quedó de nuevo pensativo. En realidad, la pregunta más interesante que se estaba haciendo era: ¿quién era aquel hombre y por qué quería matarlo a él? Bien mirado, no era una

pregunta demasiado difícil de responder, al menos en teoría: podía ser Joe Thorwall y querer eliminarlo a él porque lo estaba husmeando… Tras rascarse la coronilla, Mac Nair fue a sentarse en la cama junto a Emily, descolgó el auricular del teléfono de la mesita de noche, y marcó el número al que su secretaria Nancy le había dicho que debía llamar para localizar a «*Cricket*» Gimpel, el cual sabía dónde estaba Joe Thorwall alojado. Había pensado llamar a «*Cricket*» desde su apartamento, para que no le oyese Parkinson interesarse por Joe Thorwall, pues se habría sorprendido, ya que por la tarde lo había mencionado como amigo suyo… Y ahora que recordaba: Parkinson le había oído mencionar el nombre de «*Cricket*»… y «*Cricket*» no contestaba al teléfono…

Mac Nair comenzaba ya a alarmarse seriamente cuando, por fin, la llamada fue atendida.

—¡…!

—«*Cricket*», soy yo…

—¡…!

—Hombre, se consecuente: mi secretaria me dijo hace un rato que tenía que llamarte a este número, así que no veo por qué has de enviarme a la mierda.

—…

—Eso está mejor. ¿Estabas ocupado?

—…

—Muchacho, te va a pillar tal descalcificación ósea que morirás como un pollo rodeado de gallinas apasionadas. Pero allá tú y tu resistencia física… ¿Qué?

—¡…!

—Mira, no te contesto adecuadamente a eso porque… porque no puedo en estos momentos. Y otra cosa. —Ross miró de reojo a Emily—: Aquel consejo que me diste salió fatal.

—¿…?

—No me dio el menor resultado, exactamente.

—…

—Bueno, tú puedes sorprenderte todo lo que quieras, pero yo sé lo que me gané con seguir tu… técnica de agresión. Bueno, vamos dejarnos de tonterías, para que puedas volver con tu «amor para toda la vida llamada Mabel»… Veamos: ¿tú has visto alguna vez en persona a Joe Thorwall?

—…

—Descríbemelo.

—…

—Sí, sí, sí… Bien. De acuerdo, «Míster *Sexy*». Y por último: ¿dónde vive Thorwall?

—…

—Bien. Adiós, «*Cricket*»; no te pases, muchacho, o te quedarás en los huesos.

—¿…?

—He dicho en los huesos. Con S, ¿comprendes? Adiós, tú. Si necesitas ayuda, llama a los bomberos —colgó, miró a la muy interesada Emily, y murmuró—… Hemos sido atacados por un hombre llamado Joe Thorwall, en mi opinión un asesino profesional que pudo muy bien ser el nombre que estropeó el coche de los Dawson. Al menos, su descripción parece indicarlo así. Tengo muchas preguntas en la cabeza, que quizá me pondrían sobre la pista para atrapar a Parkinson, pero voy a recurrir a un sistema más simple; voy a ir a cazar a Joe Thorwall, que no está armado. Claro que puede tener más armas… De todos modos, voy a por él.

—¿Qué hago yo?

—Pues… Me parece que la voy a llevar al Departamento de Policía. Le diré cómo están las cosas. Esta mañana estuve allá, para preguntar por Joe Thorwall a mi viejo amigo, el sargento Stanley Wooldon… Como siempre, refunfuñó, pero miramos los ficheros… Pues bien, en los ficheros no consta el nombre de Joe Thorwall. Sin embargo, sí es posible que su rostro esté incluido en los archivos fotográficos, sólo que con otro nombre. ¿Comprende?

—Sí.

—Entonces, usted va a dedicarse a buscar ese rostro en los álbumes que le irá ofreciendo el sargento Wooldon. Pero antes, veamos si yo sólito consigo cazar a Thorwall. Si no es así; iremos los dos al Departamento, miraremos las fotografías, y quizá podamos entonces conocer su verdadero nombre, u otro de los que suele utilizar, y algún otro domicilio.

—¿Y si ese Thorwall no tiene nada que ver con… con el asunto que yo le encargué a usted, señor Mac Nair?

—En ese caso —dijo secamente Ross— le preguntaremos por qué quiso matarme. Termine de vestirse. Iremos en mi coche, si le

parece bien.

CAPÍTULO VI

Detuvo el coche dos manzanas antes de llegar a la que estaba el edificio donde, según «*Cricket*» Gimpel, vivía Joe Thorwall, el «arreglador» de coches que, también según la descripción de «*Cricket*», era el nombre que había tendido la trampa en el apartamento de Emily.

Mac Nair miró a Emily, que permanecía silenciosa, y parecía un tanto asustada.

—Usted espere aquí. No se mueva del coche, y si ve algo que no le gusta, simplemente ponga el coche en marcha y márchese. ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza; y en seguida dijo:

—He estado pensando… Bueno, quizá sería mejor que… que fuéramos directamente a la Policía, señor Mac Nair.

—Oiga usted, nena —masculló el detective privado—: según mi memoria, usted me contrató, y como consecuencia de ello, un tipejo ha estado a punto de liquidarme, ¿no es así? Pues bien, a mí no me ha gustado la actitud de ese tipejo, y antes de entregárselo a la Policía, quiero saber, en exclusiva, quién le envió a por mí. Lo digo porque si fue quien sospechamos, le voy a pedir la revancha…, pero no al tenis.

—Podrían… podrían lastimarlo a usted…

—Pero eso no le quitará el sueño a usted, ¿verdad? De modo que haga lo que le digo, pues aunque usted paga la, factura de la Mac Nair, quien trabaja y sabe cómo han de hacerse las cosas soy yo. Hasta ahora mismo.

Salió del coche, y se acercó a pie al edificio donde vivía Joe Thorwall. Miró en los buzones para la correspondencia y vio Thorwall. Subió al tercer piso, a la puerta D.

La sorpresa se la llevó Ross Mac Nair cuando acercó el oído a la puerta para tratar de escuchar algún sonido dentro del apartamento, la puerta se abrió unos centímetros.

El detective privado retrocedió vivamente con la pistola de Thorwall… Por la abertura, sólo había oscuridad. Si había alguien allí dentro, parecía no necesitar la luz para nada. ¿Se había marchado Thorwall del apartamento dejando la puerta abierta? ¿O quizá había regresado y le tendía otra trampa? Nair movió negativamente la cabeza. No, no era posible que Thorwall se metiese él mismo en la boca lobo, ya que eso sería su apartamento si Ross Mac Nair decidía denunciarlo a la Policía y ésta iba a buscarlo…

Desconcertado, Mac Nair empujó más la puerta, siempre colocado a un lado de ésta. Luego, metió un brazo, encontró el interruptor, dio la luz, y lo retiró vivamente.

Tampoco pasó nada.

Pasó velozmente por delante de la abierta puerta, echando un vistazo al interior del apartamento, y no vio a nadie. Volvió a pasar. Nada sucedió. Por fin, entró en el apartamento, y cerró la puerta tras él.

No oía nada. Si había alguien allí, estaba en completo silencio…

No había nadie. Esto lo supo Mac Nair tras recorrer sigilosamente el apartamento. Y no sólo no había nadie, sino que no había absolutamente nada de vestidos, ni zapatos, ropa interior… El apartamento tenía el clásico aspecto de los que se alquilan amueblados.

Tras haber recorrido del apartamento, llegó a la lógica conclusión de que había cambiado de domicilio…, pero no ahora, sino antes. ¿Y por qué se había cambiado de domicilio?

Mac Nair era un tanto guasón, y en ocasiones incluso un papanatas; pero de tonto nada, todo lo contrario, tenía un magnífico cerebro que funcionaba siempre con toda lucidez y lógica… Según los pensamientos se iban ordenando, el detective privado iba palideciendo, se abalanzó hacia el teléfono, descolgó el mismo y marcó el número donde había localizado a Gimpel. ¿Acaso podía ser otra cosa? Joe se había enterado de que «*Cricket*» le andaba lo, y, puesto que muchas personas sabían que con frecuencia «*Cricket*» trabajaba para él, Thorwall podía haberse

enterado, y había ido a cazarlo. Posiblemente, Thorwall no le habría matado en cuanto hubiese entrado en el apartamento de Emily, sino que le hubiese preguntado por qué le buscaba, etcétera… Pero ahora, ahora que Thorwall había fallado en esto…, ¿qué haría? ¿A quién buscaría y con qué intenciones? Pues, lógicamente, a «*Cricket*» Gimpel, con las intenciones de interrogarlo primero por si sabía las intenciones del detective Mac Nair, y asesinarlo después…

El teléfono seguía sonando, sin que «*Cricket*» contestase. Mac Nair estaba lívido. Pulsó la horquilla, y volvió a marcar el mismo número. De nuevo comenzó a llamar el otro teléfono. Nadie contestaba. ¿Y si «*Cricket*» estaba… jugando alegremente y no quería contestar?

—Tengo que avisarle —dijo en voz alta Ross—… Tengo que avisarle sea como sea. Pero…, ¿dónde vive esa chica llamada Mabel? Tendré que ir preguntando a los amigos de «*Cricket*…».

Era inútil seguir llamando.

Colgó el auricular, salió del apartamento, y bajó rápidamente a la calle. Dos minutos más tarde, entraba en su coche, sentándose ante el volante. Puso el coche en marcha sin apenas haber mirado a Emily, que le contemplaba con expresión tensa.

—No estaba —la miró de pronto—. Y todo indica que no va a volver. No es una ausencia pasajera, ni mucho menos. Así que la voy a dejar a usted delante del Departamento de Policía, y le dirá al sargento Wooldon que va de mi parte a ver el fichero, etcétera. Si le pregunta por mí, que claro que le preguntará, dígale que estoy buscando a una amiguita de «*Cricket*», llamada Mabel…

* * *

Mabel era una linda muchacha, en realidad. Eso sí, fresca como una esquimal, y tan acogedora como, si fuese una auténtica esquimal. Además, le gustaba «*Cricket*», ¡qué caramba! A fin de cuentas, «*Cricket*» era un muchacho guapo, simpático, generoso, amable… Un golfo, claro, pero con él se pasaba divinamente. Mabel había conocido sujetos que tenían cara de tristeza obligatoria, o simple mala uva, o, en fin, un carácter de lo más repugnante en todos los aspectos.

«*Cricket*», no. «*Cricket*» era guapo, simpático, y le gustaba vivir.

Gozaba con la vida, con la alegría propia y de los demás. Si «*Cricket*» tenía un dólar, sus amigos tenían un dólar. Por lo tanto, era justo que «*Cricket*» gozase de lo que tenían sus amigos.

En este caso concreto, una amiga. La linda Mabel, que después de besar una vez más al guapo «*Cricket*», suspiró y ofreció:

—¿Quieres que traiga unos bocadillos y ponga la televisión, «*Cricket*»?

—Mujer, ¡qué cosas se te ocurren! —rió «*Cricket*»—. Estamos los dos en plena euforia amorosa, y me dices que vas a poner la televisión, como si fuésemos un par de ancianos.

—Tú no llegas a anciano —rió Mabel.

—Bueno, pero me parece que no me pierdo gran cosa. Y lo de ahora, vale la pena.

—Te voy a traer algo para comer, y nos bebemos ahora la botella de champaña que has traído —rió ella—… ¿Okay?

—Okay.

—No te muevas de aquí —saltó ella de la cama—; ¡vuelvo en seguida!

Al salir del dormitorio, encendió el televisor, que estaba sobre un mueble, pegado a la pared, a los pies de la cama. «*Cricket*» se sentó, tomó un cigarrillo de la mesita, y lo encendió. En la pantalla apareció el programa de variedades. Bueno, después de todo Mabel no había tenido mala idea, ni mucho menos.

Apagó la luz del dormitorio, de modo que sólo quedó el reflejo de la pantalla. A él le gustaba así, y le importaba un pito que dijesen que para los ojos era mejor que hubiese aunque sólo fuese otra pequeña luz además de la de la pantalla. Había gente que se cuidaba como si fuese a vivir millones de años, los pobres. ¡Pero si la vida es un soplo, amigos, si cuando uno va a darse cuenta ya ha recorrido todo el trayecto, y está llegando al final…! Era absurdo estar siempre complicándosela con reglas, leyes, estudios, preocupaciones… ¡Hay tantas cosas buenas en la vida que ni siquiera dedicándose de lleno a ello tiene uno tiempo de disfrutarlas todas! La televisión misma, por ejemplo. ¡Menudo invento…! ¿Y el teléfono? El maldito teléfono, que no había parado de sonar, una y otra vez… Pero, después de contestar la llamada que había estado esperando de Ross Mac Nair, y decirle dónde vivía Thorwall, él y Mabel habían decidido no contestar más llamadas aquella noche.

Así que el gran invento ya podía ir sonando, ya, que por ellos…

Precisamente, el teléfono volvió a sonar en aquel momento pero, desde luego, «*Cricket*» no sólo no le hizo caso, sino que tras emitir una risita, dijo, alzando la voz:

—¡No contestes, Mabel! ¡Que se vayan al demonio!

Y siguió fumando, confortablemente instalado, mirándose de cuando en cuando los músculos. Un fenómeno, eso era él: ¡un fenómeno! Con razón todas las chicas le daban la luna si él se la pedía. Por ejemplo, Mabel. Había sido ella la que…

«*Cricket*» dejó de contemplar la pantalla sin ver lo que sucedía en ella, y dejó de pensar en Mabel, para mirar hacia la puerta, donde acababa de aparecer la muchacha…

Pasmo de pasmos. No era Mabel quien entraba en la habitación. Era un hombre… No, dos hombres. Dos. Al verlos bien a la luz de la pantalla del televisor, «*Cricket*» respingó, y se irguió.

—¡Oigan…! —empezó a protestar.

Uno de ellos fue hacia el televisor, y aumentó un tanto el volumen del sonido. El otro fue a sentarse en el borde de la cama, junto a «*Cricket*»…, que ya había comprendido, antes de que el hombre le metiese bajo la barbilla la punta del silenciador acoplado a su pistola.

—Hola, «*Cricket*» —saludó el hombre, amablemente.

—Hola…

—¿Qué? ¿Pasándolo bien?

—Bueno, más o menos…

—¿Has oído, Hindle? —exclamó el otro—. ¡Está gozando de la cariñosa compañía de una linda muchacha y dice que «más o menos»…!

—Debe ser un exigente —dijo Hindle, que se sentó a los pies de la cama.

«*Cricket*», que miraba de uno a otro, estaba lívido. Tan lívido, que, al reflejo del televisor, parecía blanco. Un blanco levísimamente azulado. Tragó saliva, y murmuró:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Pero hombre, primero pregúntanos cómo hemos entrado en el apartamento —dijo el otro.

—Supongo que… que Mabel les ha abierto…

—Pues no. No exactamente. Pero, en fin, ya que tienes prisa por

entrar en materia, vamos allá. Sabemos que te has pasado un par de días o algo así buscando a Joe Thorwall. ¿Quieres decirnos para qué lo buscabas?

«*Cricket*» miró de uno a otro hombre, y volvió a tragar saliva.

—¿Y Mabel? ¿Por qué no viene? ¿Qué le ha pasado?

—Muchacho, si yo fuese tú, me ocuparía más de mí mismo —dijo Hindle—. Te advierto que Burton tiene muy mala uva. Y para ser sincero, yo también. Te explicaré las cosas con claridad: si no nos contestas a toda prisa, cuando nosotros nos vayamos de aquí tú no servirás nunca más para hacer el papel de macho, y tu amiga Mabel dudo que vuelva a ser útil para nada. ¿Lo comprendes, «*Cricket*»?

—Sí… Sí.

—Eso está mejor —volvió a tomar la batuta Burton—. Vamos a ver: ¿por qué buscabas a Thorwall? ¿Por qué lo has estado rastreando, y preguntando por ahí quién sabe manipular un coche, y todo eso?

—Me lo encargó un detective privado.

—Ah… ¿De veras? ¿Cuál detective?

«*Cricket*» cerró los ojos.

—Ross Mac Nair.

—No te lo tomes por lo trágico: cualquiera en tu situación se chivaría, hombre. Incluso ese Mac Nair. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—En estos momentos, no lo sé.

—Pues en otros momentos.

—Tiene… tiene una oficina en el centro, y… y un apartamento en Brookpark Road, me parece.

—Buen gusto. ¿Por qué quiere Mac Nair encontrar a Thorwall?

—No lo sé… ¡Lo juro, no lo sé, no me lo dijo!

—Cálmate, hombre. Te creemos. Esa gente son siempre muy discretos. Bueno, entonces…, ¿qué sabes?

—¿Yo? ¡Nada! El me dio unos dólares por ayudarle a localizar a Thorwall, yo lo hice, y eso es todo.

—¿Mac Nair ya sabe dónde encontrar a Thorwall?

—Sí… Sí.

—Pues se va a llevar una sorpresa si va allá. Aunque nos dejamos la tarjeta del buzón, pero eso ya no importa. Estamos muy

desconcertados con todo esto, «*Cricket*»… ¿Tú sabes dónde puede estar ahora, Joe Thorwall?

—Bueno… En su apartamento…, ¿no?

—No.

—Pues por ahí, divirtiéndose… No sé.

Burton quedó pensativo, fruncido el ceño, «*Cricket*» veía perfectamente su rostro, delgado, seco, duro. Tenía los ojos muy hundidos como si fuesen a desaparecer bajo las espesas cejas. Burton era todo él un manojo de huesos. Hindle era más bajo y gordito, pero su cara tampoco le gustaba a «*Cricket*», porque no, era bonachona, sino… repugnante. Sí, repugnante y hostil. Y tenía los ojos tan claros que parecían cristales reluciendo a la luz de la pantalla del televisor.

De pronto, Burton se puso en pie, y fue hacia la puerta del dormitorio. Hindle hizo lo mismo. Se reunieron allá, y cuando parecía que iban a salir, y «*Cricket*» comenzaba a respirar, los dos se volvieron, y estiraron el brazo derecho, sosteniendo cada uno su arma.

—¡No me…!

Plop, plop, plop, plop…

A cada balazo que recibía, «*Cricket*» se estremecía, pero cada vez más débilmente. Cuando recibió el sexto, no sólo estaba ya muerto, sino que sus carnes parecían haberse congelado de pronto; ya no brincaron, no se estremecieron. Simplemente, «*Cricket*» continuó caído de lado en la cama, con los ojos muy abiertos, y con un chorrito de sangre deslizándose hacia las sábanas por un lado de su boca.

—¿Apago el televisor? —propuso Hindle.

—No, hombre; seguramente es su programa favorito.

* * *

Cuando empujó la puerta del apartamento, Mac Nair vio, al fondo, el resplandor de la pantalla de televisión. Lo cual le sorprendió, porque ya era bastante tarde, y todos los programas habían terminado. Le había llevado no poco tiempo localizar a la chica llamada Mabel, pero al fin lo había conseguido.

Entró en el apartamento, indeciso y preocupado. Al cerrar la puerta, oyó el chisporroteo en la pantalla, y, de pronto, comprendió

lo que había sucedido: «*Cricket*» y su amiguita de turno se habían quedado dormidos con el televisor encendido. Pero…, ¿y la puerta abierta del apartamento?

—«*Cricket*» —llamó—. ¡«*Cricket*», soy Mac Nair!

Solamente se oía el chisporroteo de la pantalla, ese sonido peculiar del televisor encendido pero sin programa alguno.

—¡«*Cricket*»! —insistió.

Encendió la luz, se volvió para dirigirse al dormitorio…, y casi tropezó con la muchacha caída en el suelo. Se detuvo tan en seco que casi perdió el equilibrio. Durante un segundo, quedó como paralizado, sin saber qué hacer. De pronto, se arrodilló junto a la muchacha, a la que agarró una muñeca, para tomarle el pulso.

Era inútil. Lo sabía mientras contemplaba el rostro crispado, los ojos desorbitados, la boca abierta y torcida de un modo horrendo, dejando salir la lengua como si fuese… un pegote de barro, algo ajeno a aquel cuerpo. En el cuello de la muchacha se veían claramente las señales de la estrangulación. Estaba fría.

Ross Mac Nair la soltó y se pasó las manos por la cara, que notó casi tan fría cómo la carne de la muchacha estrangulada. De pronto miró hacia el resplandor de luz azulada. Se incorporó y fue rápidamente allá. En efecto, no había programa alguno en la televisión. El programa estaba en la cama, frente al aparato.

Cuando tocó a «*Cricket*» Gimpel, se estremeció. Ni siquiera hacía falta tomarle el pulso, ni nada de nada. Todo lo que tenía que hacer, lo único que podía hacer, era llamar a Stan Wooldon, decirle lo que había ocurrido y que enviase allá una ambulancia o lo que fuese, para recoger los cadáveres.

La imagen de Joe Thorwall pareció iluminarse, como bajo la luz de un relámpago, en la mente de Ross Mac Nair.

—Juro que te encontraré, asesino… ¡Te encontraré!

* * *

Joe Thorwall vio aparecer a la persona que lo había citado allí y de acuerdo a lo convenido, le hizo una señal con las luces del coche. La cita era en Bulkley Boulevard, en el puente sobre el Cuyahoga River, que un poco más allá desembocaba en el lago Erie.

Cuando la otra persona estuvo muy cerca, Thorwall se inclinó hacia la portezuela de la derecha, y la abrió. La otra persona entró

en el coche, sentándose junto a Thorwall, que exclamó:

—¡No pude hacerlo! ¡No sé cómo ese tipo supo…!

Su exclamación de rabia se convirtió en un grito tremolante, que retumbó dentro del coche con increíble fuerza, cuando en plena garganta, Thorwall recibió la horrenda cuchillada… No. No fue una cuchillada. El arma utilizada eran unas largas tijeras…, que fueron retiradas del tremendo boquete…, y vueltas a clavar en la garganta de Thorwall, con fuerza, tras describir un movimiento semicircular, esquivando el volante.

La cabeza de Thorwall rebotó en aquella mano y quedó colgando hacia atrás, como ofreciendo su garganta a una nueva herida. La sangre había salpicado a todos lados y en el parabrisas especialmente, formaba estrellitas rojas. No hubo más heridas para Thorwall, y entonces, la sangre comenzó a brotar a borbotones por el brutal boquete doble.

No se podía estar más muerto.

Aún así, el pulso de Joe Thorwall fue cuidadosamente buscado. Luego su mano fue soltada y segundos más tarde, el asesino profesional Joseph Thorwall estaba solo en su coche, desangrándose como un cerdo colgado de un gancho.

CAPÍTULO VII

—Era un golfillo —dijo con voz ronca Mac Nair—, pero, en el fondo y en líneas generales, un buen muchacho.

El sargento Wooldon no tenía la menor intención de discutir esto. Se limitó a hacer una seña de asentimiento, de modo que los cadáveres de Dean «*Cricket*» Gimpel y Mabel Turner fueron finalmente retirados del apartamento, en pos del forense, que tras dar su informe preliminar de primera vista, se adelantaba con el fin de prepararlo todo para la autopsia, que Wooldon quería cuanto antes.

—Aunque no sé para qué —dijo en voz alta el policía, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Sabemos perfectamente cómo han muerto y quién los ha matado, así que sobran todas estas indagaciones técnicas. ¿No te parece?

Mac Nair entendió a Stanley Wooldon como si hubiese estado al corriente de sus pensamientos, y encogió los hombros.

—Hay una cosa que no entiendo… La pistola de Thorwall la tengo yo, así que me pregunto… Bueno, ¡qué demonios!; supongo que esa clase de tipos disponen de varias armas escondidas en sitios diferentes.

—La lástima es que por ese nombre no tengamos nada en el archivo —refunfuñó Wooldon—; si tuviésemos algo, sacaríamos copias fotográficas de su rostro y la búsqueda sería más fácil. Creo que lo mejor que podrías hacer es reunirte con la señorita Evans en el Departamento y ayudarla a mirar fotografías.

Mac Nair miró hoscamente a su amigo, pero comprendió enseguida que tenía razón. ¿Qué otra cosa podía hacer? Buscar él sólo a un sujeto como Joe Thorwall era absurdo, pudiendo contar con la ayuda de la policía, que a fin de cuentas ya estaba

interviniendo.

—Está bien —aceptó.

—Y de paso —lo miró con irritación Wooldon—, quizá tengas la amabilidad de explicarme de una maldita vez a qué viene todo esto.

—Vamos al Departamento —dijo Mac Nair—: si la señorita Evans no tiene inconveniente, te lo diré todo.

—¿Y qué demonios tiene que ver ella con esto?

—Es mi cliente.

—¿Ella es la que te ha metido en el tinglado? —exclamó Wooldon.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ella con el caso Parkinson?

—No seas pelma, Stan. Ya te he dicho que si ella está de acuerdo, te lo diremos todo, ¿no es así? Pues vamos a verla y asunto terminado.

* * *

La señorita Evans, bien aconsejada por Mac Nair, comprendió que, tal como se estaban poniendo las cosas, era mejor aclarar su postura ante la policía. El sargento Wooldon escuchó en silencio la explicación que dieron al alimón Emily y Ross, y cuando terminaron, hizo un gesto aprobativo y se puso en pie.

—Voy a pedir café para todos.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Gruñó Mac Nair.

—Hombre… Bueno, después de lo sucedido con «*Cricket*» y esa pobre chica y del intento de asesinato en tu persona, parece evidente que las cosas no están claras respecto al caso Parkinson… Lo indudable es que Joe Thorwall se asustó cuando supo que andabas buscándolo. Se asustó tanto, que quiso matarte, y luego fue a matar a «*Cricket*». Esto puede indicar que también fue capaz de preparar el asunto del accidente en el coche de los Dawson, claro. Pero, Ross, si quieres que te diga la verdad, yo no entiendo todavía cómo están distribuidas las piezas de este rompecabezas. Hay algo que no acabo de asimilar.

—Lo mismo me pasa a mí. —Admitió en un susurro Mac Nair.

—Entonces, vamos a tomar café. Tenemos mucho trabajo por delante esta noche.

Era poco más tarde de las cinco de la mañana cuando el último

álbum de delincuentes fichados en el Departamento fue cerrado ante los cansados ojos de Ross Mac Nair. Junto a él, con los brazos sobre la mesa, y la cabeza sobre los brazos Emily se había dormido. Wooldon apareció, con aspecto macilento y portando más café, pero vio el libro cerrado y miró interrogante a su amigo.

—Lo siento —dijo Ross—. No está, Stan.

—Mala suerte. Bueno, de todos modos, todos los hombres de servicio están buscando a un tal Joe Thorwall, y tienen una descripción verbal. Habría que recurrir a un dibujante, para que le dictaseis el rostro… El FBI ha dado respuesta: en sus archivos tampoco consta Joe Thorwall.

—¡Pues estamos listos!

—Toma un poco de café.

—¡Qué demonios de café ni qué…! Lo que yo necesito es dormir, no permanecer despierto más tiempo. Así que voy, a despertar a mi vecinita, y nos iremos a…

—Eso es una imprudencia, ¿no te parece?

—¿Cómo, una imprudencia?

—Me imagino que tú estás preparado para defenderte, pero dudo mucho que la señorita Evans volviera a salir bien librada de un encuentro con Thorwall.

Mac Nair palideció. Miró a Emily, miró otra vez a Stan Wooldon de nuevo a Emily…

Mac Nair Bueno… Maldito, seas, Stan, ¿por qué tienes que asustarme?

—Oye, pedazo de alcornoque…

—¡Ya sé que tienes razón, ya lo sé! Y habrá que tener en cuenta esa posibilidad. Desde luego, será mejor que Emily no vuelva a su apartamento, por ahora. Podría llevarla con su amiga Rosie… Pero no, porque entonces, Rosie tendría que recibir explicaciones y sabría que estamos dispuestos a cazar a su futuro marido… No, Rosie, no. Así que;… ¡Ya lo tengo! ¡El chalet de Emily!

—¿Sabes dónde está?

—Hombre, claro. Además, no la vamos a llevar allá dormida, como si fuese una niña. Pero déjala así, que siga durmiendo. Yo voy a ir a mi apartamento a recoger algunas cosas, pues también voy a mudarme a un hotel; no me gustaría que me metiesen una bomba bajo las narices, por ejemplo. Recogeré algunas cosas de ella, pasaré

a recogerla y la llevaré al chalet.

—Me parece buena idea. Oye, Ross: ¿de verdad no hay nada entre tú y la señorita Evans?

—Pues sí que hay: asco.

—¿Asco? —Respingó Wooldon.

—Quiero decir que ella me tiene asco a mí. En fin, no quiero hablar de eso. Voy a buscar mis cosas y las de ella. ¿Dónde ha dejado el bolso…?

Encontraron el bolso y dentro la llave del apartamento de Emily. Mac Nair se la guardó en un bolsillo y se despidió con un gesto. Salió a la calle, abrió la portezuela de su coche, se sentó ante el volante… y volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, donde se estaban instalando Wooldon y el agente detective Parsons.

—¿Qué pasa? —se sorprendió.

—Vamos contigo.

—¡Qué tontería! ¿Acaso crees que Thorwall va a ser tan estúpido como para estar esperándome?

Los dos policías se quedaron mirando fijamente al detective privado. Éste soltó un gruñido, puso en marcha el coche y emprendió el corto viaje hacia Brookpark Road.

Veinte minutos más tarde, tras haber dejado el coche delante del edificio, recorría el pasillo del cuarto piso, hacia la puerta de su apartamento, siempre acompañado por Wooldon y Parsons.

—Recogeré primero mis cosas: termino en un minuto.

—Muy bien.

Mac Nair llegó ante su puerta, introdujo él llavín en la cerradura…, y Parsons lo apartó, acabó de abrir y empujó la puerta, apartándose. No sucedió nada. Mac Nair comenzó a refunfuñar, apartó a su vez a Parsons y entró en el apartamento.

—No se pasen —masculló— hace ya tiempo que dejé de necesitar niñera. Bueno, si quieren beber algo para celebrar la llegada de un nuevo y hermoso día de verano, allá está el bar.

—Ya son más de las seis de la tarde ¿verdad? —preguntó maliciosamente Parsons.

—Pues sí. O antes, según se mire.

—Considerándolo desde el punto de vista de mi jornada de ayer…, que aún no ha terminado, son más de las seis de la tarde —dijo hoscamente el detective—, así que puedo tomar un trago.

—Voy a por mi maleta —sonrió Ross.

—Te ayudaré —se ofreció Wooldon— para mí, son horas no aptas para beber.

Iban tan confiados, tan tranquilos, tan seguros, que estuvieron a punto de morir. Llegaron al dormitorio, Mac Nair encendió la luz, dio un paso hacia dentro…, y pegó tal brinco, respingando, que casi derribó de espaldas a Wooldon, que entraba tras él, prácticamente a su lado.

En el ángulo derecho de la habitación, estaban los dos hombres, con expresión tensa, pálidas las facciones. Los dos estaban crispados y sostenían en su mano derecha una pistola con silenciador.

Plop.

Plop.

Las dos primeras balas pasaron tan cerca del rostro de Ross Mac Nair que éste tuvo la sensación de que dos brasas rozaban sus mejillas. Una de las balas dio contra la pared. La otra se clavó en el hombro izquierdo de Wooldon, le hizo dar la vuelta y lo tiró de bruces contra la pared, donde rebotó para caer al suelo…, donde estaba ya Mac Nair, de rodillas, sacando su pistola y aullando:

—¡Parsooonsss…!

Posiblemente, fue su grito lo que contribuyó a que los dos sujetos se pusieran aún más nerviosos, de modo que las dos siguientes balas rebotaron en el suelo, una de ellas muy cerca de Wooldon, que, lívido como un muerto, había sacado su pistola, y disparó una fracción de segundo antes de que lo hiciese Mac Nair. Los disparos de ambos, efectuados sin silenciador, resonaron como cañonazos en el silencio del amanecer. Los cristales de la ventana vibraron, aunque no tanto como el grito de uno de los hombres, que recibió la bala disparada por Mac Nair en pleno vientre. Wooldon tuvo más puntería: su bala se incrustó en la frente del otro, tirándolo contra la pared. Rebotó en ésta, salió disparado contra su compañero, cayó sobre su espalda cuando, de rodillas el otro se disponía a disparar otra vez y ambos cayeron de bruces, uno encima de otro.

Parsons llegó corriendo al dormitorio; tropezó con Ross Mac Nair, rodó por encima de éste, dio una vuelta completa por el suelo y quedó de pie junto a los pies de la cama, con la pistola en la mano y los desorbitados ojos mirando a todos lados.

—¡Quietos! —apuntó a los dos asesinos.

Uno de ellos, ciertamente, no necesitaba esta orden. El otro, tras el primer instante de fortaleza aún después de recibir el balazo, rodó de lado y quedó encogido, con las manos en el vientre, gimiendo. Mac Nair se apresuró a recoger sus pistolas y las deslizó con fuerza por el suelo, hacia el centro del apartamento. Luego, ayudó a Wooldon a tenderse.

—No te muevas, Stan… ¡Parsons, llame a una ambulancia, pronto!

—Sí, señor… ¡Sí, señor!

—Estoy bien —dijo Wooldon.

—Lo mismo le dijo Margot la Guapa a la comadrona…, y murió de parto. Haz el favor de no moverte.

Mac Nair abrió el armario y sacó algunos pañuelos de él. Se los colocó a Wooldon sobre la herida y luego, el propio Wooldon mantuvo apretados los pañuelos. Se oía a Parsons hablando excitadamente por teléfono y en el pasillo, las voces de algunos vecinos, que llamaban al timbre y golpeaban la puerta.

—Ése está vivo —musitó el palidísimo Wooldon, señalando al de tiro en el vientre, que se había callado.

Mac Nair lo miró, incrédulo, pero se dio cuenta de que era así. Se acercó a él y vio los ojos del hombre, abiertos, fijos en los suyos.

—Si no se mueve, quizá salve el pellejo…, de momento.

El otro ni siquiera parpadeó. Me Nair le quitó la billetera y luego hizo lo mismo con el otro. El muerto se llamaba Aldo Burton. El herido, más bajo y grueso, Denis Hindle. Ross miró desconcertado a éste.

—¿Son amigos de Thorwall, quizá?

—Sí.

—¿Los ha enviado él a matarme?

—No. Él no sabe que lo estamos buscando a usted…, ni sabe que lo estamos buscando a él.

—No lo entiendo —parpadeó Ross—. ¿De qué habla usted?

—Burton y yo nos enteramos de que un sujeto… un sujeto llamado «*Cricket*» Gimpel andaba buscando a un especialista en «arreglos» de coche, así que… quisimos advertir a Thorwall, que forma parte de nuestro grupo… Thorwall no estaba y no había manera… manera de localizarlo, así que… que recibimos órdenes

de… de desalojar su apartamento y de seguir… buscándolo para decirle que debía desaparecer… No podíamos encontrarlo, así que fuimos detrás del tal «*Cricket*». Supimos que había… que había ligado con una zorra del
Bonbon's,
y que estaba… con ella. Nos enteramos de dónde vivía y fuimos a preguntarle… a ese «*Cricket*» por qué buscaba a Thorwall. Nos dijo que usted… que usted…

—Entiendo. Entonces, Thorwall es amigo de ustedes, y lo están buscando para retirarlo de la circulación y que yo no lo encuentre.

—Sí… No queremos… complicaciones en el grupo.

—¿Qué grupo?

Denis Hindle emitió una risita y en el acto su rostro se crispó en un gesto de dolor. Estuvo unos segundos como muerto, con los ojos cerrados, antes de poder contestar:

—¿Usted no… lo sabe? ¿No sabe que Burton, Thorwall y yo formamos parte de un grupo dedicado a eliminaciones especiales por encargo?

—No —susurró Mac Nair—. No lo sabía. ¿Está Thorwall realizando ahora algún encargo?

—No.

—¿Pero fue él quien atendió el encargo de estropear el coche de los Dawson?

—Ni siquiera sé de qué está… de qué está usted… hablando. Pero ya recuerdo… Bueno, si Thorwall hizo eso, desde luego fue por su cuenta, no por cuenta del grupo.

—¿Quiere decir que Thorwall pudo aceptar algún encargo privado?

—Claro. Por lo tanto, sólo él puede… puede saber…

—¿Y no saben Ustedes dónde está?

—Ni idea… Parece como si también se escondiese de nosotros. Seguramente, está… atendiendo algún trabajo privado, pero eso le costará caro, porque… porque el jefe no permitirá que…

—¿Quién es el jefe?

Una seca sonrisita apareció en los labios de Hindle. Se quedó con la mirada fija en el techo. Ross Mac Nair estaba pensando a toda prisa. Oía ya la llegada de una ambulancia y sabía que muy pronto se llevarían a Wooldon y que le quitarían también de las

manos aquella mina de información que era Denis Hindle.

—Usted sabe, Hindle, que si no me lo dice a mí, lo dirá a la policía. Y por otra parte, ese asunto no me interesa. Ya se encargará de él y de usted la policía. Pero ayúdeme a encontrar a Joe Thorwall y le prometo que haré lo posible por ayudarle en lo que pueda. ¿Realmente no sabe dónde puedo encontrar a Thorwall?

—Ya le he dicho que no.

Parsons, que estaba acuclillado junto a Mac Nair, escuchando, miró hacia la puerta.

—Ya están aquí. Nosotros nos encargaremos de este tipo, Mac Nair. Ya lo creo que nos dirá todo lo necesario para localizar al resto del grupo. Y los vamos a hacer papilla, por lo que acaban de hacerle al sargento, ya lo verá…

Mac Nair comprendió que Hindle no le diría nada más, por lo menos de momento y a las buenas. Pero la policía, ciertamente, conseguiría todo lo que quisiera de él. Se acercó a Wooldon, se acuclilló ante él, y sonrió como divertido.

—¡Hola, chico listo! Ya ves si eres listo que vienes para preservar mi pellejo y por poco pierdes el tuyo.

—Eres un puerco desagradecido —jadeó Wooldon.

—Desahógate todo lo que quieras —aceptó Ross—. Voy a ver si te sacan de aquí o no.

Pocos minutos más tarde, Wooldon era sacado del apartamento de Ross Mac Nair y éste, ya tranquilo respecto a su amigo, fue al apartamento de Emily Evans, recogió algunas cosas del armario, las metió en una maleta y volvió a su apartamento, donde ya sólo quedaba Parsons, que le estaba esperando. Mac Nair consiguió que sus vecinos se retirasen, entró y cerró la puerta.

—Bueno, creo que podemos marcharnos, Parsons.

—Sí… Oiga, su loro es un tío fornido, ¿eh?

—¡Pobre Ulises, lo tengo abandonado…! ¿Por qué dice eso?

—Y apuesto a que debe haber por aquí cerca alguna lorita que se llama Emily, porque no sé qué le he dicho a Ulises y en el acto él ha contestado: ¡qué buena estás, Emily!

* * *

Emily Evans terminó de examinar el contenido de su maleta y asintió con un gesto:

—Me las arreglaré con esto, sí. Gracias, señor Mac Nair.

—De nada, señorita Evans —mascculló Ross.

Ella cerró la maleta y lo miró como asustada.

—Es terrible esto qué está sucediendo… ¡Y todo por mi culpa! Si yo no hubiese sido tan desconfiada, a estas horas su amigo «*Cricket*» estaría vivo y también su amiga. Y el sargento Wooldon no estaría herido y…

—Y a lo mejor no sería verano, sino invierno —gruñó el detective privado—. Bueno, lo mejor será que nos pongamos en camino hacia su casita de campo, mientras la policía se ocupa de buscar a Thorwall y de hacer «cantar» a Denis Hindle, para cazar al grupo de asesinos. La dejaré allí y volveré para…

El agente detective Parsons entró de pronto, tan bruscamente que los sobresaltó:

—¡Noticia enorme, Mac Nair! —exclamó.

—¿Han encontrado a Thorwall? —exclamó también Ross.

—¡Maldita sea!, ya veo que no es una sorpresa para usted… Pero todavía conseguiré sorprenderlo, estoy seguro. Bueno, ante todo voy a decirle que el forense extrajo las balas del cuerpo de «*Cricket*» Gimpel y que Balística ha informado que las balas son de dos armas diferentes. ¿Comprende?

—Claro: Hindle y Burton.

—Cazaremos a ese grupo, se lo garantizo. Pero ahora, lo interesante está en Joe Thorwall: ha sido hallado por los hombres de un coche patrulla.

Parsons no dijo nada más. Mac Nair se quedó mirándolo fijamente un instante. De pronto, preguntó:

—¿Estaba muerto?

—¡Váyase al demonio, hombre! —farfulló Parsons—. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—No tengo la menor duda de que Thorwall estaba haciendo un trabajo ajeno a su grupo. Un trabajo particular para alguien… Alguien que ahora ha considerado que Thorwall es demasiado comprometedor y se lo ha cargado. Ese alguien es la misma persona que le encargó a Thorwall tiempo atrás el «arreglo» del coche de los Dawson. ¿Podemos ir a ver a Thorwall?

—Lo que no sé —refunfuñó Parsons, irritadísimo— es si llegaremos a tiempo antes de que se lo lleven. Yo voy para allá a

toda prisa. ¿Quieren que los lleve?

—Iremos detrás de usted en mi coche —dijo Mac Nair—, y luego nos iremos directamente al chalet de la señorita Evans.

—Ah, sí... Buena idea. Bien, vamos allá. Así, lo identificarán. Aunque no hace falta, pues lleva documentación.

Salieron del Departamento y partieron hacia Bulkley Boulevard, concretamente hacia el puente de esta avenida sobre el Cuyahoga. Parsons delante, en un coche oficial y Mac Nair detrás en el suyo, no tardaron en llegar ni siquiera diez minutos.

Por supuesto, identificaron a Joe Thorwall. Emily lanzó un gemido al verlo y corrió a esperar a Mac Nair en el interior del coche de éste, que siguió contemplando a Thorwall. Había sido visto por los hombres de un coche patrulla a las primeras luces del amanecer. Les había llamado la atención la forma en que la cabeza del hombre caía hacia atrás en el respaldo, y se habían acercado...

—Seguramente, éste es su verdadero nombre —dijo Parsons, exhibiendo la documentación de Thorwall—, y no está fichado, desde luego. Estos grupos de eliminación por encargo son cada día más cuidadosos, así que eligen personal no fichado. No encontraremos nada en ningún archivo policial sobre Joe Thorwall.

—Ya no hace falta —musitó Mac Nair; miró al forense, que había llegado unos minutos antes que ellos—. ¿A qué hora murió?

—Mmmm... Pongamos, a las tres de la madrugada. Aproximadamente.

Mac Nair miró su reloj. Eran casi las siete y media de la mañana. Hacía un hermoso día de verano, de sol resplandeciente. Haría calor, desde luego.

Miró a Emily, sentada junto al volante de su coche, con expresión asustada y desconcertada, y luego miró a Parsons.

—Voy a dejar a la señorita Evans en su chalet, y luego regresaré aquí inmediatamente.

—¿Para qué? Ahora ya nos encargamos nosotros de todo este asunto, Mac Nair.

El detective privado alzó las cejas, con expresión divertida.

—¿Sí? Bueno, Parsons, dígame qué es lo que va a hacer a partir de este momento. ¿Cuál será su primer paso?

—Pues... ir a detener a Larry Parkinson.

—Genial idea. ¿De qué lo va a acusar?

—De todo esto.

—Naturalmente, usted tiene pruebas concretas para hacer semejante cosa. Pruebas que convenzan al abogado del señor Parkinson y luego a un jurado… ¿Las tiene?

Parsons frunció el ceño y comenzó a rascarse la coronilla. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas? En todo aquel asunto habían muerto las siguientes personas: Harold y Stefania Parkinson, Martha y Jerry Dawson, Joe Thorwall, «*Cricket*» Gimpel, su amiga Mabel Turner, el asesino profesional Aldo Burton…, y habían estado a punto de morir el sargento Wooldon, la señorita Emily Evans, Ross Mac Nair… Pero ¿qué pruebas tenían contra Larry Parkinson? La respuesta era simple: ninguna. Ni una sola prueba. Ni la menor evidencia.

—Maldita sea mi estampa…

Mac Nair le dio una palmada en un hombro, sonriendo.

—Déjeme poner a salvo a la señorita Evans y en cuanto vuelva le vamos a tender una trampa al culpable de todo esto. ¿Trato hecho?

—¿Qué clase de trampa?

—Deje eso de mi cuenta. Algo se me ocurrirá. ¿Sí o no?

—Lo pensaré. Creo que voy a llegarme al hospital, a ver cómo está el sargento.

—Magnífico —sonrió irónicamente Mac Nair— ya verá como el astuto Stan le aconsejará lo mejor. Hasta luego, Parsons.

Ross Mac Nair fue a sentarse ante el volante de su coche, lo puso en marcha y partió. Emily le miraba con curiosidad.

—¿No me pregunta dónde está mi chalet, señor Mac Nair?

—Dígamelo.

—Le iré indicando el camino… ¡Oh, estoy tan arrepentida de haber provocado todo esto!

—No debe estarlo —murmuró Ross—. Gracias a eso, la policía va a atrapar un grupo de asesinos profesionales que deben haber cometido muchos crímenes y seguirían cometiéndolos. Eso, por un lado… Por otro lado, la ley es la ley, y debe alcanzar lo mismo a los pobres que a los ricos, así que la persona que ha ocasionado las muertes de ocho personas no debe seguir disfrutando de libertad, ¿no le parece?

—No… Claro. ¡Pobre Rosie, qué disgusto va a llevarse!

—Así es la vida —susurró Mac Nair— tiene cosas buenas… y cosas malas. Y no siempre podemos quedarnos con las buenas.

CAPÍTULO VIII

Rosie Brownell sonrió luminosamente cuándo vio aparecer a Mac Nair en su antedespacho.

—¡Hola, Ross! —Alzó una manita—. ¿Vas a invitarme a almorzar?

—¡Hola, nena! —saludó con la petulancia de la vieja escuela detectivesca según las películas de Hollywood—, ¿de modo que has pasado toda tu vida esperando al viejo Ross?

—No —rió Rossie—. ¡Es que Larry está fuera de la ciudad, así que cuento contigo!

—¿Mi importante jefe está fuera de la ciudad? —Frunció el ceño Mac Nair—. ¿Adonde ha ido?

—No tengo ni idea, porque cuando llegué esta mañana a trabajar, Larry ya había estado aquí, y se había marchado. Puse en marcha el dictáfono y me encontré esa noticia.

—Bien… Parece que Larry ha madrugado un poco, ¿verdad?

—Regular nada más. Bueno, ¿vas a invitarme a almorzar o no, Ross?

—Lo haré con gusto, desde luego. Lo menos que puedo hacer por la personita que me introdujo ante el importante tipo que va a pagarme trescientos mil dólares al año, es invitarla a almorzar… Dime una cosa, Rosie: ¿hasta qué hora estuviste anoche con Larry?

Rosie pareció sofocarse un instante.

—¿Qué quieres decir?

—No me refiero a nada… pecaminoso en ese sentido. Vamos, no seas quisquillosa. Además, ya sé que tú eres una chica poco corriente. Quiero decir que no eres de las que se entregan así como así.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Me lo ha dicho Emily Evans, que te conoce bien… Sí, sí, tu amiga Emily Evans, la abogada.

—Pero…, ¿qué tienes tú que ver con Emily? —Rosie estaba atónita—. ¿De qué la conoces y desde cuándo?

—Rosie, déjame dirigir esta conversación a mi manera… Y por favor, contesta a mis preguntas. ¿Hasta qué hora estuviste anoche con Larry?

—Pues… No sé… Me parece que eran las once y media, quizá algo más. Cenamos en su casa y luego fuimos a tomar unas copas al Great Love. Había unas bonitas atracciones y estuvimos bailando un poco también… Sí, debían ser las doce cuando me dejó delante de mi apartamento. ¿Por qué preguntas…?

—¿Sabes adonde ha ido exactamente Larry?

—No… El recado indica que ha tenido que salir de la ciudad con urgencia, para atender un asunto importante, pero no me dice dónde. Sólo sé que regresará justo a tiempo para llevarme a cenar al Chang's.

Bueno, eso lo supongo, porque anoche me lo ofreció y si no me indica lo contrario en su mensaje, es que llegará a tiempo.

—Quizá se olvide.

—No. Larry no olvida nunca nada. Lo único que podría pasar es que el asunto se prolongase y entonces me llamase por teléfono para advertirme que no llegaría a tiempo.

—Bien. Tenemos tiempo de investigar a fondo todos los movimientos de Larry.

—¡No pienso hacer semejante cosa! Además, ¿qué es lo que pretendes? Parece como si fueses la persona más importante del mundo… Y debo recordarte que tan sólo ayer, ni siquiera te conocía, Ross. Por otra parte…

—Por favor, cálmate. ¿Colaborarías de más buena gana conmigo si te lo pidiese Emily? Si lo deseas, puedo llevarte con ella, para, que te explique todo lo que está ocurriendo.

Rosie vaciló y por fin tendió la mano hacia el teléfono.

—Voy a llamar a Emily para…

—No está en su apartamento.

—Bueno, la llamaré a su desp… ¿no?

—Tampoco está allí —movía negativamente la cabeza Ross—. Por razones de seguridad, la llevé esta mañana a su chalet.

—Ah, sí. Bueno, sé que tiene una casita, pero no sé dónde. ¿Emily está allí? ¿Qué quieres decir con «razones de seguridad»?

—Rosie, yo te invito a almorzar, en efecto. Pero ¿no te gustaría hacerlo en el campo, en un lugar tranquilo y en compañía de tu amiga Emily?

Rosie Brownell estaba en verdad desconcertada, intrigada. Tras unos segundos de sostener la mirada de Mac Nair, asintió:

—De acuerdo. Voy a dejarle el recado a Larry en el contestador automático de su teléfono. Él me llamaría aquí —señaló el de su mesa— si tuviera algo que decirme y si éste no contestase, me llamaría al suyo, pensando que estaría en su despacho… ¿Qué debo decirle?

—Dile que te estaba entrando tristeza aquí sola, y que has decidido salir a tomar el sol y nadar un poco. O cualquier cosa que se te ocurra y que a él no le pueda extrañar. Pero no que estás conmigo en el chalet de Emily.

—Está bien. Espérame aquí, termino enseguida.

Rosie entró en el despacho de Larry Parkinson, y Mac Nair encendió un cigarrillo, mirando a todos lados. Sí, señor, un hermoso antedespacho de un lujoso despacho en un soberbio edificio en el centro elegante de Cleveland. Una de las cosas buenas de la vida. Claro que un despacho implicaba trabajo, y eso no parecía complacer en absoluto a Larry Parkinson. Motivo por el cual, él, Ross Mac Nair, podía tener un empleo de trescientos mil dólares al año. ¡Trescientos mil «pavos» al año! Con ese dinero, podía llevar una vida fastuosa. Seguramente, ganaría más que Emily con todo su título de abogado. Así son las cosas. Uno se pasa la vida estudiando y luego viene uno que descubre el modo de jugar con cualquier chirimbolo sobre la nariz, o inventa el juego del
«hula-hula»
y se hace millonario. Y a lo peor, ni siquiera sabe contar el dinero que gana.

En fin, él sí sabía contar hasta trescientos mil, desde luego. Lástima que…

Rosie salió del despacho de Parkinson y se acercó a Mac Nair, con aquel caminar graciosísimo, balanceando su bolso.

—Cuando quieras, Ross.

—Vamos allá. ¿Sabes que Emily casi tenía razón?

—¿En qué?

Ross abrió la puerta del antedespacho, cediendo el paso a la angelical Rosie.

—Dijo que ella a tu lado era algo así como una momia egipcia.

—¡Qué tontería! —rió deliciosamente Rosie—. Sé que soy muy bonita, pero no tanto… Es decir, Emily es tan bonita como yo.

—Pero con otro estilo. Tú eres… angelical, etcétera, deliciosa, burbujeante… Pareces flotar en el más delicioso sueño de un hombre. Y ella… Bueno, ella es… ¡es abogado!

Cuando llegaron al ascensor, Rosie todavía reía la ocurrencia de Ross Mac Nair. Descendieron a la planta baja del imponente edificio de las empresas Parkinson, y de allí fueron al estacionamiento.

Poco después, en el coche de Mac Nair, partían hacia la casita de campo de Emily Evans.

* * *

—Hola, Rosie —saludó Emily, besándola en ambas mejillas—. Espero que el señor Mac Nair no te haya asustado demasiado.

Rosie correspondió a los besos de su amiga y entró en la casita, mirando a todos lados con gesto de grata sorpresa.

—Sólo estoy intrigada, Emily… ¡Qué lugar tan encantador, querida! Parece… el refugio romántico de amor, perdido entre árboles y pájaros. ¿Sabes qué me sugiere?

—No sé —sonrió Emily.

—Una de esas montañas llenas de nieve, donde, de pronto, encontramos una casita acogedora, con una buena chimenea, música, una piel de oso delante del fuego…, y un hombre y una mujer.

—Es una buena idea —dijo Mac Nair, guiñando un ojo a Rosie… Si Emily pone la cabaña, yo pongo la piel de oso.

—¡Pero faltaría la nieve! —rió Rosie.

—Sólo tendríamos que esperar al invierno —aseguró Ross.

—¿Se me permite dar mi opinión al respecto? —pidió Emily.

—No —gruñó Mac Nair—, porque a mí no me gustaría. Bien… Su amiga Rosie debe estar impaciente por recibir una explicación, señorita Evans. Y creo que debemos proporcionársela antes de almorzar. Siéntate aquí, Rosie.

—Apuesto a que éste es su sitio preferido para leer, señorita

Evans.

—Así es.

—Usted siempre sabe elegir lo mejor. Excepto en hombres… En esto, no tiene buena vista, precisamente. Si la tuviese, ya me habría echado el lazo y me habría colocado el hierro de marcar: Ross Mac Nair, propiedad privada de Emily Evans. Claro que a mí, eso de llevar la marca y ser tratado como un hombre-objeto… Porque bien ésta la mujer-objeto, pero el hombre-objeto… Bueno, creo que debemos ir al grano, ¿verdad?

—Se lo agradecería —refunfuñó Emily.

—Sí. Bien… Bueno, empezaremos por explicarle a Rosie todo lo que ha estado sucediendo estos días. —Ross Mac Nair lo hizo, con todo lujo de detalles, sin omitir absolutamente nada—. Hasta que, pese a que Thorwall apareció muerto, decidí traer aquí a Emily, no fuese que algún miembro de ese grupo de asesinos fuese a por ella. Pero no. No, porque no saben dónde vive. Es más, ni siquiera tienen noticias de su existencia…

—Espera, Ross —pidió Rosie—. ¿Debo entender que estás acusando de todo eso a Larry?

—Bueno, verás… Yo creo que las cosas sucedieron de este modo: Larry contrató a Joe Thorwall para que le ayudase a secuestrar a Stefania Parkinson, su tía; luego, hicieron ir a un lugar adecuado a su tío, Harold Parkinson, con el dinero; Thorwall, siempre bajo las órdenes de Larry, mató a los dos ancianos, y como pago se quedó los cien mil dólares; posteriormente, quizá el propo Thorwall, o quizá entre él y Larry, prepararon todo lo de los Dawson, esto es, que los engañaron con cualquier mentira bien urdida y les hicieron comprar un coche, les llenaron las manos de dinero… Quizá estaban utilizando los cien mil dólares del rescate. Total, que en el momento oportuno, Thorwall «arregló» el coche de los Dawson, y éstos se mataron. La policía encontró pruebas de que habían sido los asesinos de los tíos de Larry y éste se instaló tranquilamente en el despacho de su tío y sobre todo su montón de riquezas. Asunto terminado. Al menos, hasta que alguien empezó a buscar a «un tipo que supiese arreglar un coche». Esto alarmó a Thorwall, que avisó a Larry Parkinson. Y éste ordenó a Thorwall que me matase. Como no lo consiguió y Thorwall comenzaba a resultar comprometedor, lo citó anoche, a las tres de la madrugada y lo mató a cuchilladas.

—Lo que no entiendo —murmuró Rosie— es por qué Larry no mató antes a Thorwall, que sabía toda la verdad y podía comprometerlo en cualquier momento.

—¡Ése es el punto de la cuestión! —exclamó Mac Nair—. ¡No creas que no pensé en ello, Rosie! Y entre eso y otro detalle, llegué a una conclusión sorprendente.

—¿Qué conclusión?

—Verá… Yo pensaba que no tenía sentido contratar particularmente a un asesino profesional, y luego dejarlo con vida. Eso ya me dio qué pensar. ¿Cuándo fue eliminado Thorwall?, sólo cuando resultó comprometedor. Hasta entonces, Larry lo había conservado con vida sólo esperando el momento en que volvería a utilizarlo. Así que yo pensé que Larry quería asesinar a alguien más. Pero… ¿a quién? Ya no quedaba nadie de su familia a quien heredar, no tenía objeto que Larry Parkinson conservase los… servicios de un asesino. Por lo tanto, me dije: ¿y si no se trata de Larry Parkinson? ¿Y si no es Larry Parkinson quien ha tramado todo esto desde el principio?

—¿Quién, si no? —Se pasmó Rosie.

—Otra persona. Todo queda igual, sólo que en lugar de haber sido dirigido y realizado por Larry Parkinson, tenía que haber sido tramado, dirigido y realizado por otra persona. Y hay otro detalle que me confirmó esto: esa persona sabía dónde vivía Emily Evans.

—No comprendo.

—Sí, mujer. Larry apenas conoce a Emily por ahora. Sólo sabe que es amiga tuya. Así que cuando Larry me conoció, no tenía por qué relacionar a Emily conmigo, ¿verdad?

—Claro… Claro que no.

—Pero sí tenía que hacerlo otra persona, que estaba siempre sobre aviso. ¿Ross Mac Nair, un detective privado que se presentaba a hacer una extraordinaria oferta? ¿Quién era Ross Mac Nair, dónde vivía…? Entonces, esa persona, miró el listín telefónico y vio que Ross Mac Nair, aparte de tener una agencia en el centro de Cleveland, vivía en Brookpark Road… ¡Qué casualidad, en el mismo edificio que Emily! ¿Casualidad? No, no, no… ¿Verdad que no, Rosie? Tú pensaste enseguida que Emily y yo teníamos que conocernos y si estaba yo allí era porque Emily y yo estábamos investigando algo juntos…

—¿Estás sugiriendo que yo he tramado todo esto? —exclamó Rosie Brownell.

—Vamos, vamos, angelical criatura… ¿No lo comprendes? Yo no podía dejar de darme cuenta: si Thorwall fue al apartamento de Emily se debió a que él sabía que Emily y yo estábamos relacionados, y quería matarnos a los dos, no a mí solo. Por eso, quiso reunirnos en el apartamento de ella, para matarnos a la vez. Yo tenía que darme cuenta de esto, tenía que comprenderlo más pronto o más tarde, pero, claro, los cálculos eran que no podría hacerlo, porque estaría muerto. Pero no: estoy vivo, y he tenido que comprenderlo. Larry no podía haber enviado a Thorwall al apartamento de Emily. Tú sí, pues sabías cuál era y sobre todo, tenías que darte cuenta de la coincidencia de que un detective privado que se presentaba en las empresas Parkinson era amigo de Emily. O al menos, vecino. Demasiada casualidad, ¿verdad, Rosie?

—Sí, demasiada —sonrió la dulce Rosie.

—De modo que, igual que habías planteado el asesinato de los viejos Parkinson, y el de los Dawson, planeaste el nuestro. Contabas con Thorwall, al cual reservabas, con promesas de grandes cantidades de dinero para cuando quedases viuda. ¿No es así, angelito?

—¡Qué mente tan perversa tienes, Ross! —rió Rosie.

—¿Yo? Bueno, también es divertido hablar así, como si yo fuese el malo… Pero no. Eres tú, Rosie. Después de todo, querías casarte con Larry. Y, tiempo después, arreglarías con Joe Thorwall el accidente que te dejaría viuda, y dueña de una fortuna enorme. Entonces, pagarías a Thorwall… O quizá lo matarías, como has hecho esta noche. Fuiste tú, ¿verdad? Thorwall fue asesinado con unas tijeras… ¡Unas tijeras! Un arma que difícilmente usaría un hombre. Un hombre usaría una navaja, un cuchillo, una pistola… ¡Pero unas tijeras…! No, no había sido un hombre. Además, aquel modo de hacerlo, tan a la desesperada, en plena calle, aunque fuese de madrugada… Pero había urgencia en eliminar a Thorwall, ¿verdad? Seguramente tenías un miedo horrible y te has pasado la noche lavándote las manos, que se te mancharon de sangre…

—¡Cállate! —chilló Rosie—. ¡CÁLLATE!

—De acuerdo. Pero, Rosie…, ¿por qué? ¿Por qué matar a nadie? Podías haberte casado con Larry sin matar a sus tíos, sin…

—No sabes nada de nada —jadeó Rosie, con ojos relucientes—. ¡No sabes nada de nada! ¿Acaso crees que Harold Parkinson, el tío de Larry, era un noble y encantador anciano?

—¿No lo era?

—¡Era un cerdo! ¡Un maldito cerdo, que se encaprichó de mí, y consiguió lo que quería! ¡El poderoso señor Parkinson…! ¿Quién crees que enseñó a Larry a sentir esa… lógica y tenaz preferencia por las cosas buenas de la vida? ¡Fue su familia! Desde que nació, a Larry Parkinson le enseñaron que había que gozar siempre de las cosas buenas de la vida, cayese quien cayese… ¿Acaso hay en todo el mundo alguien más importante que uno mismo? Claro que no… ¿Qué puede haber más importante que yo, mis caprichos, mis deseos, mis placeres…? ¡Nada absolutamente! Y así son los Parkinson y otros como los Parkinson: como tienen poder, disfrutan de las cosas buenas de la vida…, y yo era, para Harold Parkinson, una de las cosas buenas de la vida. Él era viejo y gastado, pero ¿por qué tenía que privarse de una preciosidad como yo, si podía comprarla? Y me compró. Luego, conocí a Larry y me di cuenta de que, en el acto, él se enamoraba de mí. Pero ya era demasiado tarde… Jamás me hubiese podido casar con él mientras estuviese vivo el viejo Parkinson, pues éste se habría echado a reír cuando Larry hubiese comunicado a su única familia que quería casarse conmigo… ¡Muchacho, pero qué dices!, habría reído… ¡Si esa chica tan dulce y yo…! ¡Vamos, vamos, Larry, muchacho, olvida a esa jovencita!

—Rosie —tartamudeó Emily—. Por Dios, Rosie…

—¡Tú cállate! ¡Tienes la culpa de todo, estúpida!

—Sólo… sólo me preocupé por ti. Quería… quería…

—¡Lo has estropeado todo! Es decir, todavía no. —Rosie sacó de pronto una pistola del bolso—. Todavía puedo arreglarlo, sea como sea. Os mataré a los dos, yo, personalmente, y esconderé la pistola. Es de Larry, y él, algún día, la encontraría a faltar. Yo le diré que me daba miedo un arma allí, y que la tiré al lago… ¡Nunca nadie sabrá lo que yo he llegado a hacer por el poder, por la riqueza, por las cosas buenas de la vida…!

—Creo que deberías serenarte, Rosie —murmuró Mac Nair.

—Sí… Tienes razón, eso es verdad: debo serenarme. Pero voy a hacer lo que he dicho. ¿Acaso yo no tengo derecho a las cosas

buenas de la vida? ¡Aquel viejo asqueroso…! Pero ¿qué os creéis? ¡Ni siquiera fue el primero! Allá donde iba, el gran poderoso se me acercaba, y tarde o temprano, siempre terminaba todo en lo mismo… ¡Siempre, los que tenían el poder, el dinero, disfrutaban de mi compañía! Y total, ¿para qué? Pronto comprendí que ellos iban a lo suyo, que yo era sólo una cosita que les divertía, y nada más. Yo era una de las cosas buenas que la vida les ofrecía, la tomaban y punto final. ¡Pues bien, yo voy a ser a partir de ahora quien va a gozar de las cosas buenas de la vida! ¿Acaso no tengo derecho?

—Estoy seguro de que Larry te ama mucho —dijo Ross—. Si todo te sale bien, y lo engañas, él te dará todo lo que le pidas…

—¡No pienso pedirle nada a nadie! ¡Y menos a ese cegato asqueroso, que me recuerda a su tío! ¡Lo mataré cuando llegue el momento, aunque tenga que hacerlo con mis propias manos…! Ya he comprobado que no necesito a nadie para matar, he comprobado que puedo hacerlo todo yo sola… ¡No necesito a nadie, sólo el dinero, el poder para gozar las cosas buenas de la vida, del mismo modo que otros me han considerado así a mí! ¡No necesito…!

Rosie Brownell calló bruscamente y Mac Nair comprendió en el acto por qué. Sólo tenía que ver la expresión de Rosie mirando hacia la ventana. En ella destacaban nítidamente las cabezas y medio torso de Larry Parkinson, lívido como un muerto y del agente detective Parsons, que tenía su pistola en la mano… Mac Nair, tras volver la cabeza y ver a ambos, volvió a mirar a Rosie, que tenía los ojos desorbitados.

—Debiste comprender qué te estaba tendiendo una trampa, Rosie —murmuró.

De pronto, Rosie lanzó un espantoso alarido y alzó la pistola, desviándola hacia la ventana, fijos sus ojos en Larry Parkinson…

¡*Pack*!, crujió, con tremenda fuerza, el disparo efectuado por el agente detective Parsons.

ESTE ES EL FINAL

Ross Mac Nair quedó en verdad sorprendido cuando, al abrir la puerta de su apartamento, vio a Emily Evans en el pasillo.

—Ah, señorita Evans —murmuró—. ¿Puedo servirla en algo?

—¿Me permite pasar, señor Mac Nair?

—Sí… Por supuesto, claro.

Se apartó, y Emily entró. Mac Nair vaciló, pero cerró la puerta. A fin de cuentas, no eran niños, y su formalidad estaba por encima de toda prueba. Además, aunque alguien pensase que Emily y él tenían determinado tipo de relaciones, estaría en un error, claro.

—He venido a liquidar nuestras cuentas —dijo Emily.

—¿Nuestras…? Oh, entiendo, sí. Bueno, no ha debido molestarse. La Mac Nair le enviará la factura a su despacho, si le parece bien.

—Prefiero pagar personalmente.

—Bien… Como guste. Le extenderé un recibo…

Ross Mac Nair se calló bruscamente, porque Emily acababa de echarle los brazos al cuello. Se quedaron mirándose fijamente a los ojos.

—Eres un tonto —refunfuñó Emily—. ¿Aún no has comprendido que estoy loca por ti desde que te vi?

—¿Qué…?

Pe-pero…

pero cuando te besé hace días, me…

—No te di la bofetada por el beso, tonto. Te la di porque después de besarme y cuando yo me las prometía tan felices, en lugar de quedarte me dijiste «buenas noches», y me ibas a dejar allí

como una tonta. No soy ni mucho menos frígida, sino todo lo contrario, así que después del beso yo esperaba algo más…, ¡y tú me dijiste que ya te ibas!

—¡Ca… ra… coles!

—Y ahora he venido a pasar cuentas porque dentro de media hora salgo para mi casita en el campo, y he pensado que quizá te gustaría que te invitase a pasar allí el fin de semana.

—¡Ca… ra… coles!

—Bueno —frunció el ceño Emily—, ¿sí o no?

—¡Ulises! —gritó Mac Nair—. ¡Prepara tu mochila, que nos vamos al campo a pasar el fin de semana!

—¡Qué buena estás, Emily! —Llegó la voz de Ulises.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…